

Stony Brook University



OFFICIAL COPY

The official electronic file of this thesis or dissertation is maintained by the University Libraries on behalf of The Graduate School at Stony Brook University.

© All Rights Reserved by Author.

The diabolic metamorphosis and its images en Quevedo's work
La metamorfosis diabólica y sus imágenes en la obra de Quevedo

A Thesis Presented

by

Nelly Banaru

to

The Graduate School

in Partial Fulfillment of the

Requirements

for the Degree of

Master of Arts

in

Hispanic Languages and Literature

Stony Brook University

May 2011

Stony Brook University

The Graduate School

Nelly Banaru

We, the thesis committee for the above candidate for the
Master of Arts degree, hereby recommend
acceptance of this thesis.

Victoriano Roncero López

Thesis advisor

Professor, Chair, Department of Hispanic Languages and Literature

Paul Firbas

Associate Professor, Department of Hispanic Languages and Literature

This thesis is accepted by the Graduate School

Lawrence Martin

Dean of the Graduate School

Abstract of the Thesis

The diabolic metamorphosis and its images en Quevedo's work

La metamorfosis diabólica y sus imágenes en la obra de Quevedo

by

Nelly Banaru

Master of Arts

in

Hispanic Languages and Literature

Stony Brook University

2011

The purpose of this study is to analyze the diabolic images in the work of Francisco de Quevedo from two perspectives: the terrifying mask and comic caricature. The diabolic spirit in Quevedo's work has several nuances that derive from the author's ideological belief: the tempting devil, the rebellious demon, the demon destroyer, the devil burlesque, as well as satanic things, nations, and characters. The study is based on the following works: *la Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás, Los sueños, La hora de todos, la España defendida, el Mundo caduco y desvaríos de la edad, La vida del Buscón, la Execración contra los judíos, la Visita y anatomía de la cabeza del Cardenal Armando de Richelieu, Alabanzas de la moneda, Libro de todas las cosas y otras muchas más, Carta al Rey Cristianísimo Luís XIII, Carta a don Francisco de Oviedo, La musa Clío del parnaso español* and *Poesía satírico-burlesca de Quevedo*.

El propósito del trabajo es de analizar las imágenes diabólicas en la obra de Francisco de Quevedo desde dos perspectivas: máscara terrorífica y caricatura cómica. En la obra de Quevedo lo diabólico tiene varios matices que derivan de la visión ideológica del autor: el demonio tentador, el demonio rebelde, el demonio destructor, el demonio burlesco, cosas, naciones y personajes endemoniados. Las obras en que se basa el estudio son: *la Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás, Los sueños, La hora de todos, la España defendida, el Mundo caduco y desvaríos de la edad, La vida del Buscón, la Execración contra los judíos, la Visita y anatomía de la cabeza del Cardenal Armando de Richelieu, Alabanzas de la moneda, Libro de todas las cosas y otras muchas más, Carta al Rey Cristianísimo Luís XIII, Carta a don Francisco de Oviedo, La musa Clío del parnaso español y poesía satírico-burlesca de Quevedo*.

Table of Contents:

1. Introducción	
El diablo: su trayectoria de la máscara terrorífica a la caricatura cómica	1
El diablo desde la perspectiva barroca española	5
2. Las imágenes diabólicas en la obra de Francisco de Quevedo	7
Cristo solo supo ser rey; y así solo lo sabrá ser quien le imitare	7
Lo que llamáis morir es acabar de morir y lo que llamáis nacer es empezar a morir	20
Nosotros [...] somos ángeles aunque sin gracia	36
Endiablada cosa es el dinero	46
Los anticristos de las monedas	61
3. Conclusión	75
4. Bibliografía	76

El diablo: su trayectoria de la máscara terrorífica a la caricatura cómica

La imagen del diablo en la literatura religiosa de la Edad Media tiene sus raíces profundas en la biblia y es asociada con un personaje terrífico, agresivo y oscuro. Su presencia amenazadora en todos los órdenes de la vida individual y colectiva es debida a las fuentes doctrinales de la época que utilizan su aura terrorífica como un instrumento de control absoluto de la mente cristiana. El reino de Satanás es considerado opuesto al reino de Dios.

Satán [...] significa 'el adversario' y es considerado el enemigo de los hombres por antonomasia. El y sus ángeles buscan la perdición de los hombres. De ahí que se atribuye a Satán las malas costumbres de astrología, la adivinación, el ornato femenino e incluso hasta la filosofía. Los demonios tientan a los hombres, influyen en ellos para arrastrarlos al mal, a la guerra, a la violencia, etc.¹

En este contexto, la conducta humana del tempo refleja la idea medieval de la coexistencia de dos fuerzas opuestas sobre la consciencia del hombre, de modo que los actos buenos están inspirados por Dios, mientras que los malos lo están por el diablo.

La conducta humana está marcada, y en consecuencia justificada, por la influencia que estos dos principios ejercen en su conciencia: los actos buenos los realiza siguiendo una inspiración divina, los malos son efectuados por el influjo del diablo, unas veces de manera inconsciente, cuando este consigue engañándolo a la mala obra, y a otras, con plena consciencia, a través de tentaciones².

En el Renacimiento y Barroco las características medievales del diablo empiezan a ponerse en duda. El diablo, según José Manuel Pedrosa³, se convierte de una epidemia social en una patología individual, en parte, gracias a los avances científicos y culturales producidos en la época. Las fuentes laicas, a veces marginales, pertinentes muchas veces a la literatura popular, describen al diablo como un personaje trivial, cómico, y a veces bufonesco. Maxime Chevalier piensa que

¹ Busto Saiz, p. 32.

² Flores Arroyuelo, p. 55

³ Pedrosa, pp. 67-98.

estas representaciones tradicionales [del diablo] se irían borrando lentamente de las mentes de los que escuchaban los sermones, y en primer lugar entre los habitantes de las ciudades. Según avanza el progreso, más pesada se hace la predicación. Y cabe preguntarse si la erosión progresiva del caparazón protector que secretaban las viejas tradiciones habrá inducido a parte de los fieles a sacudir el yugo de una religión cuyo peso se acrecentaría ya en forma insufrible.⁴

Sin embargo, no se puede mencionar que se produjo un cambio radical en la visión diabólica. Las semillas cómicas del diablo aparecen ya, según José Manuel Pedrosa⁵ en el siglo XIII. La literatura en lengua vulgar de ese período, vinculada al folklore, empieza a atribuir a ese personaje un significado más inferior que la literatura latina. Desde esa época, Satanás tiene dos facetas de la misma cara de una intensidad más o menos pronunciada: el del vencedor y el del vencido. Como vencedor aterroriza la mente y llena las almas de horror y miedo; como vencido provoca risa y desprecio. Esos dos aspectos actúan de una manera catalizadora en las almas cristianas. El miedo al diablo, aunque sigue existiendo, es menos intenso y la risa tiene un carácter relativamente librador. En ese contexto, Julio Caro Baroja menciona:

no hay cosa tan amenazadora para el cristiano como la imagen del Demonio; pero a veces, nada hay tampoco más ridículo y grotesco. [...] Y no es solo el Demonio; son también sus seguidores los que se hallan sujetos a esta actividad emocional contradictoria. Terroríficas son las brujas y hechiceras, pero también grotescas y objeto de irrisión. Hay vicios que suele ser representados para producir espanto y que, a veces, se representan también para provocar la risa. Un beodo es, en ocasiones, objeto de burla, otras produce terrores individuales y aun colectivos⁶.

También hay que tener en cuenta, que en el campo dogmático la imagen aterrorizante del diablo sigue existiendo aun en Renacimiento y Barroco. Como un ejemplo es el libro del jesuita Martín del Río *La magia demoníaca*⁷, un manual sobre las brujas y magia, publicado entre 1599-1600 y que fue traducido a varios idiomas. Aunque la Inquisición continúa a perseguir y condenar a las personas por brujerías y magia en Renacimiento y Barroco, las condenas son cada

⁴ Chevalier, p. 136.

⁵ Pedrosa, p. 70.

⁶ Caro Baroja, 1966, p. 26.

⁷ Véase Río Del, 1991

vez menos importantes y llamativas; es decir, el carácter de psicosis colectiva empieza a decaer. Según José Manuel Pedrosa⁸ en la literatura de cordel que continúa siendo trasmisora de los dogmas religiosos, se puede detectar ingredientes menos dramáticos, a veces incluso cómicos y satíricos. En la opinión de Pedrosa, el pensamiento cristiano empieza a enfocarse en problemas de sociales de la injusticia. Los del bajo nivel social se dan cuenta de que el infierno no debe ser para los pobres y desgraciados, sino para los ricos y poderosos. En ese sentido, el diablo adquiere una iconografía animalesca familiar al mundo campesino y se transforma plenamente en un personaje humorístico e irónico apreciado en la literatura popular. Maxime Chevalier refiriéndose al aspecto físico del diablo en la época, menciona que a ese personaje “se le reconoce por los pies, convicción básica que igualmente reflejan la comedia y la novela”⁹. El demonio, según Chevalier, tiene pies o patas deformes y feas. Algunas veces es “patituerto” o “ángel patudo”; otras veces – “pies de cabra” o “ángel con pies avestruz”, “patas de águila” y sobre todo “patas de gallo”.

La tensión entre la seriedad que la doctrina aplica al diablo y la familiaridad preferida por la masa popular y los escritores laicos se observa también en los nombres atribuidos al demonio. La iglesia opta por vocablos latinos, griegos, y hebreos como por ejemplo: Asmodeo, Apocalypse, Caron, Cancerolro, Lilit, Laylah, Azazel, Beelcebú, Belial, etc.¹⁰; mientras el pueblo inventa sobrenombres cómicos y a veces ridículos: Patillas, Pateta, Diablo Cojuelo, Tostado, Tapetado, Rey Tiznado, Tiñoso, Pero Botello, Botero, Gotero, etc.¹¹ La asimilación del diablo en el uso común popular se explica también a través de los refranes:

De padre Santo, Hijo *diablo*;
El hombre es fuego, la mujer estopa, llega el *diablo*, y sopla;

⁸ Véase Pedrosa

⁹ Chevalier, p. 126.

¹⁰ Véase Busto Saiz, pp. 25-26. También Véase Crawford, p. 306.

¹¹ Véase Chevalier, p. 126-129.

La cruz en los pechos y el *diablo* en los hechos;
Lo bien ganado se lo lleva el *diablo* y lo malo a ello y a su amo;
Padre no tuviste, madre no temiste, *diablo* te hiciste.
Cuando el *diablo* reza, engañarte quiere;
Riese el *diablo* cuando el hambriento da al harto;
Tanto quiso el *diablo* a su hijo que le sacó un ojo.¹²

No cabe duda que desde la Edad Media hasta el Barroco ha ocurrido un cambio mental de gran alcance en la visión del diablo. La figura diabólica se usa ya como un instrumento satírico para los vicios y pecados. El Infierno y los demonios pierden la primacía que han tenido en la Edad Media en el arte religioso.

Fe y humor no pueden compaginarse ya de modo fácil, salvo en algunos medios populares aldeanos que han conservado tan posibilidad hasta hoy. La fe no es cosa que puede producir más que sentimientos graves y pensamientos serios. Quede el humor aplicado a ella para libertinos, incrédulos o gente de poco fiar, o para reírse de la credulidad del vulgo.¹³

¹² Véase *Diccionario de Autoridades*, vol. II pp. 259-260.

¹³ Caro Baroja, 1966, p. 37.

El diablo desde la perspectiva barroca española

El siglo XVII español es un período de decadencia político-social. Crisis del gobierno, inflación económica, miseria, derrotas militares y diplomáticas han despertado una visión pesimista del desengaño en la cual confluyen las consecuencias de una realidad político-social y la lección religioso-moral del período, basada sobre los motivos de la ilusión, el orgullo, y la vanidad de las cosas terrenas.¹⁴ Según, Natalia Fernández Rodríguez, la creencia en el demonio durante el siglo XVII se explica, en gran parte, por esta crisis total. Por eso,

si en el Renacimiento, la representación plástica del personaje tenía una dimensión meramente estética en consonancia con el platonismo artístico imperante, el personaje barroco será depositario de rasgos cada vez más humanos tal vez para poner de manifiesto la progresiva humanización del demonio y, al mismo tiempo, la satanización del hombre.¹⁵

La fe católica acentúa la preocupación por el futuro promulgando la concepción idealista de una buena vida para una buena muerte. Ante el hombre barroco se plantea el problema de elegir entre el desprecio del mundo y su goce apasionado. En este sentido, se observan dos elementos fundamentales en el mismo ser humano: rasgos humanos, y diabólicos, explicados por dos esquemas mentales opuestos: por un lado, el afán de trascendencia vinculado con la huida de lo mundano, por otro, el aferramiento a lo humano. El hombre barroco tiene dos fuerzas: la católica y la diabólica; y si la primera es vinculada con la adoración de Dios, la segunda se explica por la adoración del Demonio.

Lo que el demonio ofrece a sus secuaces es lo que los reyes ofrecen a sus vasallos: amparo y protección a cambio de una sumisión absoluta, de entrega total. Por otra parte, el pacto diabólico es muy parecido a aquellos con los que se establecían las relaciones entre señor y vasallo en la vida civil. Y más aún a aquel que realizaba un vasallo cuando se “desnaturaba”, es decir, se consideraba fuera de la obediencia de su señor natural y se desterraba o rendía vasallaje a uno nuevo [...]. La conciencia pública admitía, pues, que había hombres y mujeres que se

¹⁴ Véase Carilla, 1969

¹⁵ Fernández Rodríguez, p. 41.

desnaturaban, que dejaban el servicio de Dios y buscaban el servicio de otro señor, el Diablo.¹⁶

Por otra parte, hay que tener en cuenta que la libertad humana es autónoma y queda fuera de la influencia diabólica. Dios nunca permite al diablo que se apodere de la voluntad humana. Por eso la decisión de resistencia o abandono al pecado le pertenece siempre al hombre.¹⁷ “Pero el poder del demonio, limitado constantemente por la voluntad divina, no puede más que jugar con la mentira y apariencia”.¹⁸

La sátira del barroco es la sátira y la burla del mundo grotesco reinado por el diablo. El ser humano como su vasallo refleja las mismas características del demonio. En este sentido Emilio Carilla menciona una

semblanza física y moral del hombre deformada hasta la caricatura, los afeites, y la fealdad de la mujer, los defectos físicos, las burlas a los médicos, y abogados, las burlas a los alguaciles, las burlas literarias, las burlas a las ínfulas nobiliarias y ansia de figuración, las burlas a la pasión senil, al marido engañado, a la “pureza” de sangre, a la riqueza mal adquirida, a la fanfarronería, etc.¹⁹

En resumen, lo que mueve al hombre barroco a pactar con el diablo es el afán de goce sensual. Si Dios domina la esfera espiritual del hombre, el Demonio representa su materia. El desengaño que trajo consigo la época barroca se expresó en la negación de todo lo empírico, a favor de lo trascendente. En este sentido, se establece una relación triádica entre lo diabólico, lo mundano y lo inexistente.

¹⁶ Caro Baroja, 1968, p. 102

¹⁷ Véase Fernández Rodríguez, pp.74-75

¹⁸ Fernández Rodríguez, p. 110

¹⁹ Carilla, p. 137

Las imágenes diabólicas en la obra de Francisco de Quevedo

Aunque las imágenes diabólicas abarcan toda la obra de Quevedo, sea doctrinal, política, festiva, religiosa o burlesca, por la carencia de tiempo y espacio me propongo a analizar solo algunas representaciones fundamentales de su obra. La galería de imágenes diabólicas es variada y cada representación demoníaca muestra con precisión un aspecto determinado que a Quevedo le interesa subrayar, intensificar, detallar o realizar una idea, una acción o un personaje. Enrique Duarte propone dividir las imágenes diabólicas quevedescas en cinco categorías, apoyadas en la teología dogmática, la biblia y tradición popular: el demonio rebelde, el demonio tentador, el personaje destructor, el demonio burlesco y una serie de personajes endemoniados.²⁰ Me atrevo a añadir a esta gama otras dos categorías: de cosas y naciones endemoniadas, apoyada en la visión ideológica del mismo Quevedo.

²⁰ Duarte, p. 125.

Cristo solo supo ser rey; y así solo lo sabrá ser quien le imitare
(*Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás*)

El pensamiento de Quevedo puede incluirse dentro de una doctrina denominada “quevedismo político” que supone la imitación de Cristo en el gobierno de los pueblos. En este sentido su visión política se opone a la visión de la “razón de Estado” de Nicolás Maquiavelo que en *El Príncipe* propone la subordinación de la religión a los intereses del Estado. Aun más, según el italiano, cualquier religión que ayude a obtener los resultados necesarios para el estado puede ser aceptada y adecuada. La doctrina política del Quevedo no admite el maquiavelismo que equivale a herejía, a inmoralidad y a la pérdida de la fe cristiana; sus razones se explican en la imposibilidad de tener aliados fiables fuera de la creencia católica y el miedo de atraer sobre el reino el castigo divino. El escritor madrileño es fiel seguidor de la moral cristiana, según la cual, los reyes españoles tienen que defender los valores religiosos contra los “herejes” maquiavelistas extendiendo la verdadera fe fuera de sus fronteras. El mismo autor dice que “quien con herejes hace guerra a católicos no solo es demonio sino infierno”²¹. Otra contrariedad a la doctrina del italiano es la creencia de Quevedo en la providencia divina, en el origen celestial del poder real y que el monarca actúe de acuerdo con los principios morales más estrictos. Maquiavelo, escéptico de este pensamiento, está convencido que la providencia divina no tiene nada que ver con los acontecimientos que surgen; le preocupa más que el que llegue al poder haga un buen trabajo que el respeto estricto de la línea de sucesión o el derecho divino de los reyes. En cuanto a la moralidad de las decisiones y asuntos, el italiano piensa que solo trae malos resultados para el estado guiado de este principio²². Victoriano Roncero-López subraya que

²¹ Quevedo, F.de, *Obras completas*, 1970, II, cap. 23, p. 614. Todas las citas de la *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás* están sacadas de esta edición, por lo que en adelante me limitaré a señalar en paréntesis la parte de la obra, el capítulo y el número de página.

²² Véase Iglesias, pp. 101-127

“para Quevedo la “razón de Estado” significaba la ruptura de lazo que unía a Cristo, el rey y el pueblo, idea básica en la que se sustenta toda su teoría política”²³

En el discurso político que refleja mejor la visión política de Quevedo, *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás*, toma como modelo la vida de Cristo para la enseñanza al rey del mejor gobierno cristiano que hay en la tierra y critica, al mismo tiempo, los vicios de la herejía, la soberbia, la avaricia y la envidia de los políticos y vasallos comparándolos con la “tiranía de Satanás”. Así como Cristo se enfrentó al Diablo, también el rey guiado por la enseñanza religiosa tiene que proteger, luchar y castigar las fuerzas malignas tanto del reino como del resto del mundo cristiano. Y para facilitar la tarea del monarca Quevedo le presenta ejemplos concretos de la vida de Cristo paragonándolos con la vida del rey.

En adelante, para servir los propósitos de este trabajo, me enfocaré solamente en las fuerzas diabólicas de la obra quevedesca, de las que el monarca tiene que estar pendiente durante su reinado. En la *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás* hay tres imágenes demoníacas pertenecientes a la doctrina religiosa.

a) *El demonio tentador*

Según los libros del Antiguo Testamento, Satán es el hijo de Dios y su misión especial consistía en recorrer la tierra y enterarse de todo lo malo que hacían los hombres para decírselo al Creador. De aquí su nombre, *Satán* (en hebreo: adversario).²⁴ Pero Satán con el tiempo empieza a cumplir sus funciones con exceso de celo y no sólo vigila al hombre, sino le tienta para someter a prueba su fidelidad a Dios. Así se convierte paulatinamente al final del Antiguo Testamento en el tentador²⁵. En *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás* se notan cuatro niveles de tentación demoníaca: en los dos primeros el autor recuerda los

²³ Roncero López, 1991, p. 150

²⁴ Véase Hastings, J., *Dictionary of the Bible*, p. 829

²⁵ Véase Busto Saiz, p. 24.

comportamientos antitéticos de Adán y de Cristo respecto a la voluntad de Dios; en los últimos dos utiliza el canon bíblico del comportamiento religioso para la enseñanza de las normas cristianas en las Cortes

I. *Tentación de Adán* Quevedo utiliza un pasaje de Génesis para explicar el sometimiento de Adán, el primer rey de la creación, a la mujer y a la serpiente:

A Eva la dice Satanás en la sierpe que coma y será como Dios. (II, cap.12, p. 512)

[Y Adán] Púsose de parte de la serpiente; obedeció a la mujer; tuvo en poco las amenazas padeció ejecutivas. (I, cap. 2, p. 369.)

[Dios] castiga al hombre para siempre: que muera y coma del sudor de sus manos; y a la mujer porque le persuadió, que pariese en dolor sus hijos; [...] Tenía Dios en el mundo un hombre solo y todo lo había criado para él; y porque pecó, luego con demostración y espada le echa de su casa, le castiga, le destierra, le condena a muerte. (I, cap. 9, p. 393.)

Como vemos Quevedo nos recuerda el pasaje bíblico de la desobediencia humana a la voluntad divina como primer paso hacia el abismo espiritual y la perdición del alma. La incapacidad del hombre de gobernarse y la carencia de atribuciones para su propia disciplina lo hacen débil y propenso a contagiarse del espíritu maligno. Con los ejemplos de arriba Quevedo nos demuestra que el hombre es incapaz no solo de rechazar las fuerzas satánicas que lo tientan pero también de subordinarse a la fe divina. Por eso Cristo es enviado a legislar el mundo y demostrar a los hombres un ejemplo de lealtad a Dios. Como en el caso precedente Satán trata de desacreditar al hijo de Dios tentándole en el pecado.

II. *Tentación de Cristo* Satán tienta tres veces a Cristo y este se comporta como un valido de su padre oponiéndose con resistencia tres veces.

Entonces fue Cristo llevado al desierto por el Espíritu, para que fuese tentado del diablo. [...] Entró Satanás, viendo retirado a Cristo a negociar con él; [...] Tres memoriales trajo para despachar, creciendo el desacato y atrevimiento de uno en otro; y el primer memorial contenía tal petición: Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se vuelvan panes. Había dicho Cristo: ¿Quién hay de vosotros que si su hijo le pidiere pan, le dé una piedra? Para dar piedras a quien ha menester pan, no

basta ser mal hombre, es menester que sea Satanás. Por eso dice Cristo que no habrá hombre que lo haga. [...] Lo segundo a que se atreve es pedirle que se despeñe, que no repare en nada: eso es despenarse. [...] El posterior negocio, en que Satanás mostró lo sumo a que puede llegar su descaramiento, refiere el Evangelista en estas palabras: otra vez se arrebató el demonio, y le llevó a un monte excelso y le enseñó todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: “Todo te lo daré si cayendo me adorares.” (I, cap. 22, pp. 437-438.)

Cristo manifiesta una disciplina estricta a la enseñanza de Dios y vence orgullosamente a su oponente. El monarca que se encarga en la vida de respetar, obedecer y promover la fe tiene que seguir la ejemplaridad de Cristo no solo en sus funciones de gobierno, pero también en sus gestos y conducta personal.

III. *Tentación del Rey* Porque Quevedo supone que los reyes son escogidos por Dios, todas las decisiones dañosas al reino están atribuidas a los validos que dan mal consejos y como los demonios tratan de apartar al rey de su verdadero deber. El autor compara los ministros del rey con Satanás y advierte al rey “que el primer consejero que hubo en el mundo fue Satanás, vestido de serpiente” (I, cap. 9, p. 393). Por eso, el monarca tiene que estar pendiente y no hacer malos “negocios” con sus validos. El primero consiste en proponerle al rey que las personas indignas ocupasen los puestos de alta responsabilidad. Según Quevedo, este “negocio” sería igual que proponerle al rey que hiciera de las piedras pan,

pues el que llega a su rey proponiéndole un idiota, un vicioso, un vano, un mal intencionado, un usurero, un cruel, para el obispado y para la judicatura, para el virreinato, para la secretaría, para la presidencia, - ése ¿qué otra cosa propone sino el memorial de Satanás que, de las piedras del escándalo de la república endurecidas en sus vicios, haga pan? (I, cap. 22, p. 438.)

También le advierte del segundo ardid utilizado por aquellos ministros que tratan de distraerle de su oficio, de divertirlo para que no atendiera a los asuntos del gobierno; lo que, evidentemente, significaba tanto como pretender que se despeñara.

Y no deben fiarse los reyes de todos los que llevaren a la santa ciudad y al templo; que ya vemos que a Cristo el demonio le trajo al templo. ¿Qué cosa más religiosa

y más digna de la piedad de un rey, que ir al templo y no salir de los templos, y andar de un templo en otro? Pero advierta vuestra majestad que el ministro tentador halla en los templos despeñaderos para los reyes, divirtiéndolos de su oficio; y hubo ocasión en que llevó al templo, para que se despeñase, a Cristo (I, cap. 22, p. 438).

Finalmente, previene al monarca del tercer y último ardid que empleaban los malos ministros: en despreciarle hasta tal punto que quisieran que éste se hincara de rodillas y les adorara a ellos, provocando en el soberano tal complejo de servidumbre de “que el rey ruegue y el vasallo lo mande” (I, cap. 22, p. 439).

El consejo que le ofrece Quevedo al Rey es el siguiente:

Si [el ministro] quisiere que vuestra majestad haga de las piedras pan, no hacerlo, y convencerle; que así se castigue su codicia. Si pidiere que se despene vuestra majestad con pretexto de santidad y buen celo, castigarle con reprensión la insolencia. Si propusieren que le adoren y tocare en la reverencia y dignidad real, llámele Satanás, que es su nombre; despedirle como a Satanás, y castigarle como a sacrílego y traidor (I, cap. 22, p. 440).

Para no ser tentado por sus vasallos, el rey no puede descansar de sus funciones, porque Cristo nunca descansó. El sueño es el enemigo del rey y le empuja hacia la muerte. Cuando el rey gobierna los ministros lo tientan actuando como mal consejeros, y aun peor cuando duerme porque se apoderan del estado convirtiéndose de tentadores en rebeldes.

Reinar es velar. Quien duerme no reina. Rey que cierra los ojos da la guarda de sus ovejas a los lobos, y el ministro que guarda el sueño de su rey, le enterra no le sirve. [...] No solo es obligación del buen rey cristiano velar para que duerman sus ovejas, sino velas para despertarlas si duermen en el peligro. (I, cap. 10, p. 399).

A san Pedro, su valido y su sucesor, porque le quiso excusar los trabajos y le buscaba el descanso, le llamó Satanás, y le echó de sí (I, cap. 2, p. 371).

Cristo enseñó lo contrario, pues en lugar de echarse a dormir confiado de los suyos, en los mayores negocios a que los llevó se durmieron, y él velaba (I, cap. 10, p. 398).

Toda enseñanza que el rey tiene de la forma de gobernar, todas las cualidades y virtudes necesarias para su función tienen su expresión en el modelo divino. Quevedo menciona que el rey es “camino, verdad y vida” (I, cap. 20, p. 432) porque imita a Cristo. El rey tiene que cuidar de sí mismo, de su familia, y de su reino “no permitiendo que el ministro diablo se equivoque con el bueno y fiel” (II, cap. 7, p. 484).

IV. *Tentación de los ministros* Según Quevedo, la grandeza de España ha decaído, en parte, gracias a los malos ministros que no aconsejan bien al rey y ponen nombres de las virtudes a sus maldades. En este sentido, Satán los tienta para que ellos a su vez tienten al rey.

Los ministros que lo ofrecen todo, son diablos. [...] ¡Cuántas veces entenderá vuestra majestad que uno es ministro y que negocia; y a pocos lances conoce que es Satanás y que le tienta! (I, cap. 22, p. 440).

Y en otro pasaje Quevedo dice:

El mal ministro dijera: para mí uno, y otro para mí, y para mí el otro, y todo para mí; porque Satanás ha dicho que sus ministros todo lo quieren para sí, y que él todo lo promete a uno. (I, cap. 15, p. 415).

¡Gran diferencia de criados buenos de Cristo, a criados de Satanás y de sus tiranos! Todo lo dicen y lo hacen al revés; dirán a sus reyes: Ves aquí que lo hemos tomado todo, y héchote que no sigas y andes tras nosotros arrastrando. (I, cap. 20, p. 432).

Como vemos, los ministros y los validos que tienen que ser personas de apoyo para el rey, muchas veces no cumplen con su función. En este aspecto, quizás más razón tiene Maquiavelo cuando enseña al príncipe que no se fíe totalmente de ninguna persona y que no dependa de nadie. Quevedo, no obstante, cree en la posibilidad de tener hombres de confianza al lado del rey que no compitan en el poder y prestigio con el monarca.

b) *El demonio rebelde*

La desobediencia, la rebeldía y la soberbia son los pilares básicos que hacen que el ángel se convierta en demonio. El mismo Satán dice: “El cielo escalaré, por encima de las estrellas,

más altas me elevaré mi trono y me sentaré en la montaña del encuentro, en los confines del septentrión; escalaré las alturas de las nubes, me igualaré al Altísimo”. Por eso Satán fue llamado *Lucifer* (portador de luz o la estrella de la mañana).²⁶ Como vemos, se produce un salto cualitativo de Satán a Luzbel y a la rebeldía causada por la soberbia le sigue el castigo divino de condenación eterna. El aspecto luzbólico del comportamiento ministerial se nota en el deseo de la grandeza y gloria en vez de sencillez y humildad, las virtudes positivas de debía cultivar todo buen ministro, según Quevedo.

No es criado ni ministro del rey el que afecta la grandeza de tal manera, que no solo es igual a su rey, antes superior: este es envidioso de la corona, émulo del poder, tirano, criado a los pecados del favor, y alimentado y crecido por la soberbia del desconocimiento y la codicia (I, cap. 17, p. 420).

Quevedo condena insistentemente al valido que trata de equipararse con el rey y pretende, además, sustituirle en sus deberes, usurpando de esta manera su trabajo y el oficio de reinar.

Rey que llama criado al que le violenta y no le aconseja, al que le gobierna y no le sirve, al que toma y no le pide, no pasa la majestad del nombre: es un esclavo, a quien para mejor afrenta permite Dios las insignias reales (I, cap. 17, p. 422).

Las imágenes del demonio rebelde también se notan en otros pasajes con la descripción del mal servidor del monarca.

¿Qué hará el lado y favor de los reyes hombres en los que habiendo adquirido con maña y gracia de un príncipe están a su oreja? No sólo pretenderán a dos sillas: tratarán, como Luzbel, de quitarle su trono; pues fue aquel serafín, y su pecado lo será, inventor de las caídas de los poderosos con soberbia (I, cap. 13, p. 410).

El rey tiene que castigar al ministro desobediente como Dios castigó a Satán. Quevedo apoya su visión en la rebelión diabólica para justificar el castigo monárquico.

Esfuerzan la opinión contraria los que se pretenden asegurar de los castigos con decir que no está bien que al que una vez favorecen los reyes, le desacrediten y depongan y que es descredito de su elección, y que conviene disimular con ellos y desentenderse: doctrina de Satanás, con que se introduce en los malos ministros obstinación asegurada, y en los príncipes ignorancia peligrosa, para que

²⁶ Busto Saiz, p.30.

porfiadamente prosigan en sus desatinos. Veamos: Dios en su república, y con el pueblo y familia de los ángeles ¿qué hizo? Apenas había empezado el gobierno de ella, cuando al más valido serafín, y que entre todos amaneció más hermoso, no solo le depuso, mas le derribó, y condenó con toda su parcialidad y séquito, sin reparar en la política del engaño que pregunta: ¿si los había de deponer, para qué los crío? Conviniendo, fuera de otras razones, para que se viese que el poder, el saber y la justicia hicieron en unas propias criaturas con valentía lo que les tocaba, creándolas hermosas y castigándolas delincuentes. ¿Quién sino Satanás dice a los reyes que les da más honra un mal ministro a su lado, [...]? (I, cap. 9, pp.393-393)

Según Quevedo “tres cosas perdió Luzbel: la batalla, la gracia y el cielo” (II, cap. 23, p.622) porque quiso hacerse como Dios. En este contexto, con la imagen del demonio rebelde se puede identificar a cualquier valido que tiene características de un soberbio, un envidioso o un ingrato, que quiere elevarse y tener un estatus prohibido, destruyendo, de esta manera, el orden natural de las cosas.

c) *El personaje destructor*

En el libro de Tobit del Antiguo Testamento se menciona el demonio Asmodeo (del persa *Aesma daeva* - el espíritu de la cólera o en hebreo Ashmedai - destructor), que se ha enamorado de Sara y mata a los seis maridos consecutivos de ella en la noche de bodas.²⁷ La cara destructora del demonio tiene dos niveles en la obra de Quevedo.

I. *Destrucción del hombre* El hecho de que el diablo quiere la perdición del hombre ya está mencionado en este trabajo. Me voy a referir a algunos aspectos que no han sido tan aclarados todavía. La labor principal del ángel caído consiste en seducir al hombre al pecado. Todo pecado tiene relación con Satán. Sin embargo, el hecho de que los ángeles pecaron sin recibir influencias exteriores, despierta la pregunta de si todos los pecados humanos tienen intervención diabólica.²⁸ Otra función del ángel caído es la posesión diabólica. El diablo es un espíritu que no tiene carne, ni hueso y por eso podría “manifestarse introduciéndose en cualquier

²⁷ Véase Covarrubias, S., *Tesoro de la lengua castellana o española*, p. 231

²⁸ Véase Haag, pp. 48-49

cosa, en cualquier animal, en cualquier persona, y también en las alucinaciones y de las imaginaciones febriles y corrompidas”²⁹. Es decir, el demonio no solo causa la destrucción del hombre sino también de las cosas materiales. Un ejemplo, en este sentido, es el pasaje de la *Política de Dios*, en el cual Jesús expulsa una legión de demonios de un hombre y les permite entrar en una manada de cerdos:

Pídenle los demonios que no los envíe al abismo: concédeselo. [...] Piden que los deje entrar en el ganado, permíteselo. Ellos lo pidieron por hacer aquel mal de camino al dueño del ganado. El Rey Cristo les dio licencia, que al demonio la ha concedido fácilmente cuando se la ha pedido para destruir las haciendas y bienes temporales; que antes es la mitad diligencia para el arrepentimiento y recuerdo de Dios. Así en Job largamente le permitió extendiese su mano Satanás sobre todos los bienes. Quería avivar la valentía de aquel espíritu tan esforzado; y a esta causa no rehúsa Dios dar permisión al infierno, pues es hacer los instrumentos del desembarazo del conocimiento propio: y en esta parte el elocuente la persecución, y pocas almas hay sordas a la pérdida de los bienes (I, cap.3, p. 376).

Existe una enseñanza en este fragmento que es la nobleza de Cristo que utiliza sus virtudes y clemencia al tratar con los más díscolos de los espíritus, los demonios. La misma generosidad hacia los súbditos más insolentes podemos prescribir al rey. Cristo siempre enseña con su comportamiento y solo Dios castiga con su fuerza a los que no logran aprender las lecciones. Uno de los medios del castigo es la utilización de los demonios para causarle al hombre destrucción y perdición.

II. Destrucción del mundo El poder destructor del diablo se extiende a niveles macrocósmicos con la destrucción del mundo. El demonio ayudado por el hombre corrompido y pecador transforma el mundo de acuerdo a sus necesidades. En este sentido, los ministros destruyen el poder del estado con el favoritismo y nepotismo abusando de sus atribuciones pues

¿Cuál tiene, Señor, ni ha tenido puesto al lado de algún monarca, que lo primero y más importante no juzgue el cercar el príncipe de su familia, introducir sus padres, no sacar las mercedes de sus hermanos, preferir su mujer y sus hijos? (I, cap. 11, p. 402)

²⁹ Flores Arroyuelo, p. 35.

Por eso, Quevedo considera que el buen rey “no debe permitir que sus estados se gasten en hartar parentelas” (I, cap. 11, p. 403); criticando en otros pasajes a los ministros que piden para beneficiar a otros potentados, debilitando al monarca y robando el estado.

Señor, pedir para los que pueden, desigmo tiene, intención esconde; puede disimular vanidad; secreto ya el interés propio disfrazado en la diligencia por el amigo. Dar al poderoso es comprar; pedir para el que es negociar, no es ruego. (I, cap. 15, pp. 415 – 416)

Quevedo compara la república con una piscina y al rey con un ángel que le da virtud. Los ministros son diablos que se prefieren unos a otros olvidándose de las necesidades del país.

Pues si en la piscina que revolvía un ángel que bajaba del cielo, había este desorden, ¿qué habrá en la de del gobierno y los cargos y mercedes, que las mas veces la revuelve Satanás, y las mas veces la revuelven los hombres o los ministros los diablos, que por otro nombre se llaman los ambiciosos, los soberbios, y los tiranos? (I, cap. 18, p. 427)

Los tiranos que ha habido, los demonios políticos, que han poblado del infierno las repúblicas, han acostumbrado a los príncipes a no comer nada sin comerlo con los vasallos. Todo lo guisan con sangre de pueblo: hacen todas las viandas. (II, cap. 3, p. 464)

Y en otras ocasiones recuerda al rey:

Ministros allegados y confesores que son caminos sin verdad son despenadores y sendas de laberinto que se continúan sin diferencia en ceguedad y confusión: en estos tales ve Dios librada la perdición de los reyes y el azote de las monarquías. Espíritu de mentira en la boca del consejero, - ruina del rey y del reino (I, cap. 23, p. 440).

Los ministros destruyen el orden divino de la monarquía, creando un desorden diabólico, un mundo al revés en el cual ellos gobiernan y los reyes obedecen.

Para saber si gobierna Satanás una república, no hay otra señal más cierta que ver si los menesterosos andan buscando remedio, sin atinar con la entrada a los príncipes (I, cap. 18, p. 428).

Este mundo caracterizado por la injusticia y la maldad ha cambiado las virtudes por las maldades, las cualidades alabadas en el reino del diablo.

Porque el demonio que lo aconseja, porque conoce lo que es, lo aconseja. Él no hace sino poner nombres: a la soberbia llama grandeza, y a la envidia atención, y al robo ganancia, y a la avaricia prudencia, y a la mentira gracia, y a la venganza castigo; y por el contrario, a la humanidad vileza, a la pobreza infamia, al desinterés descuido; a la verdad locura; y a la clemencia flojedad. Y los que estudian por estos vocabularios sólo adquieren suficiencia para condenados (II, cap. 20, p, 568).

Cuando la maldad y la destrucción del diablo pasan del nivel microcósmico (hombre) al nivel macrocósmico (país) se produce un infierno terrenal, convertido en el gobierno de Satanás.

Satanás, gobernador de de la tiranía del mundo, ordena al revés estas cosas [buscad y hallareis, llamad y abriros han; pedid y recibiréis] en los príncipes de las tinieblas de este mundo. Buscad, dice, y hallareis vuestra perdición; quien os robe, quien os engañe. No logra otra cosa la solicitud del mundo porque buscan lo que se había de huir. Declárese Cristo cuando dice: Buscad primero el reino de Dios; y aquí en estas repúblicas enfermas lo primero se busca el reino de Satanás. [...] Dice Satanás oponiendo su gobierno al de Cristo: Derramad, y hallareis; comprad y abriros han. ¡Oh gobierno infernal! ¡Oh puertas peor acondicionadas que las del infierno! (I, cap. 24, p. 444)

Cristo es la semilla de salvación para la humanidad, que todos tienen que imitar si quieren salvarse.

Cristo rey solo destruyó la muerte, muriendo. Eso fue destruir la destrucción. [...]. Los que no le imitan, vivifican la destrucción, y destruyen las vidas viviendo. [...] Perder y destruir es de espíritu de demonio, no de espíritu de rey (II, cap. 2, pp. 458-459).

Aunque la destrucción de España es evidente en la *Política de Dios*, el país todavía sigue defendiéndose contra los males infernales. La fe cristiana es el arma contra los otros que no la tienen, y como consecuencia se han endemoniado completamente.

En la *Política de Dios* el politólogo Quevedo se esfuerza con solemnidad eclesiástica en afirmar el paralelo entre el príncipe cristiano y Cristo Rey. En este aspecto no puedo pasar por alto la influencia del historiador romano Tácito en la obra política del escritor madrileño³⁰. Para Tácito los acontecimientos históricos están estrechamente relacionados con la actuación de los

³⁰ Véase Roncero López, 1991, pp. 49-75

personajes involucrados en las decisiones del estado. Así, el estudio de las personalidades puede descubrir las causas de los acontecimientos. Si Tácito utiliza dos recursos para la descripción de los protagonistas: uno que consiste en la reflexión explícita de sus caracteres y otro en la descripción de sus acciones; Quevedo parece utilizar solo el segundo recurso para su discurso. Tanto Tácito, como Quevedo creían en la concepción de la historia como “magistra vitae”, que convertía las acciones del pasado en lecciones para el futuro; pero si el historiador romano utiliza la historia política como método de enseñanza, el escritor madrileño se apoya en la historia religiosa, o más bien, en la ejemplaridad de Cristo para presentar un ejemplo de conducta tan necesaria en un mundo corrompido y ajeno de las virtudes cristianas. Además, para subrayar la existencia de un mundo vicioso con valores podridos cual mejor metáfora podría servir que la “tiranía de Satanás”.

Lo que llamáis morir es acabar de morir y
lo que llamáis nacer es empezar a morir
(*Sueño de la muerte*)

En el capítulo precedente analicé la preocupación de Quevedo por la doctrina cristiana que resulta en la imitación de la vida de Cristo como ejemplaridad para la conducta humana. En el presente apartado mi enfoque será el análisis de *Los sueños* quevedescos desde la perspectiva neoestoica de la existencia humana. La afición de Quevedo por la filosofía moral del estoicismo de Séneca se nota, sobre todo, en su enseñanza: vivir una buena vida para tener una buena muerte. Pero en la época de cambios y de inseguridad en la cual vive Quevedo el mundo ofrece solamente dos caminos: uno la vuelta al estado de la naturaleza, la preservación de la pureza y la salvación del alma; el otro la posibilidad de riquezas inagotables, fuente de poder y fama. Quizá por eso Quevedo se refugia a través del vuelo de su fantasía en el sueño, que le permite, además, desenmascarar jocosamente verdades escandalosas e vicios infernales de sabor trágico.

Al definir el sueño nos damos cuenta que es una antítesis de la razón, es la vida al revés, que pone la realidad patas arriba. Nace del vacío y del absoluto. La visión onírica del sonador que refleja alucinaciones en el reino de lo inconsciente y de lo nocturno mezcla en el conjunto del caos la realidad con el sueño, la verdad con la mentira, el mundo con el infierno. El sueño es vida y la vida es sueño. El mundo carece de todo adorno artificial y aparecen las más amargas aristas del ser humano. En este sentido, Sergio Fernández menciona que

el que sueña está semi-consciente y la realidad pasa por su cerebro en forma alterada, a veces convirtiéndose en cosas aparentemente sin sentido; [...] Quevedo, al contarnos lo que sueña, puede decir grandes verdades sin temor ninguno; él es sólo el hombre que cuenta algo de su vida subconsciente (aunque por entonces no se haya usado el término) y por lo tanto puede incurrir en falsedades, en mentiras: cosas soñadas. Pero por debajo de este pretexto, de esta ficción sutil, está el escritor satírico que sabe lo que quiere y por qué lo quiere; que mediante su pluma desnuda la sociedad y la hace pedazos con su crítica³¹.

³¹ Fernández, 1950, p. 165

De *Los sueños* de Quevedo como ciclo se ha hablado en muchas ocasiones, tratando de agruparlos según diferentes rasgos unificadores, sea de la doctrina católica (muerte, juicio, infierno) propuesta por Mercedes Etreros; sea de la perspectiva narrativa (testigo ocular frente a guía o personaje desmitificador) percibida por Robert M. Price; sea de la perspectiva satírica política considerada por Franz-Walter Müller ³²etc. Ilse Nolting-Hauff sugiere un esquema basado en dos dimensiones: mundo y ultramundo; atribuyendo a la primera los discursos: *El alguacil endemoniado* (1607) y *El mundo de por dentro* (1612); y a la segunda los sueños: *El Sueño del Juicio Final* (1605), *El Sueño del Infierno* (1608), y *El Sueño de la Muerte* (1622). Apoyándome en el esquema propuesto por Nolting–Hauff trataré de agrupar *Los sueños* en cinco etapas dramáticas según la trayectoria de la existencia humana:

<i>Etapas</i>	<i>Guías, Descubridores de las verdades</i>	<i>Metamorfosis del cuerpo humano</i>
El mundo por de dentro	El Desengaño	Pecadores hipócritas
El alguacil endemoniado	El diablo	Pecador poseído
Sueño de la muerte	La Muerte, el poeta	Fantasmas
El sueño del juicio final	Los diablos, Judas	Fragmentación corporal
Sueño del infierno	Los diablos	Imágenes grotescas

En este ciclo, el mundo, representa la etapa transitoria de la existencia humana. El hombre, según la filosofía neostoica, tiene que edificarse moralmente en este período de transición, vivir de acuerdo con la naturaleza y la razón, que es la única fuerza que puede

³² Véase la introducción a Quevedo *Los sueños* ed. Arellano, p.22.

distinguir entre el bien y el mal del mundo. La pobreza, conforme a la ley natural, constituye una riqueza, pues el haber conseguido el dinero no supone el fin de la miseria, sino el cambio en la pureza del alma.

El mundo de Quevedo, sin embargo, es toda una antítesis de esta enseñanza. En él el autor revela un cuadro de la humanidad pecadora agrupada en una procesión en la calle de la Hipocresía. En los ejemplos presentados por Quevedo distinguimos dos aspectos de de la hipocresía moral: la hipocresía espiritual representada por la falsedad de los dolores de los viudos, la deshonestidad del alguacil y su escribano, y la aparente riqueza del noble; y la hipocresía física representada por la falsa belleza de la mujer. Estos cuadros humanos están plenamente implementados en el mundo. Aquí nada es ser, sino parecer.

El zapatero de viejo se llama entretenedor de calzado; el botero, sastre de vino, que le hace de vestir; el mozo de mulas, gentilhombre de camino; el bodegón, estado, el bodegonero, contador; el verdugo se llama miembro de la justicia y el corchete criado; el fullero, diestro; el ventero, güésped; la taberna, hermita; la putería, casa; las putas, damas; los cornudos, honrados. amistad llaman el mancebamiento, trato a la usura, burla a la estafa, gracias la mentira, donaire la malicia, descuido la bellaquería, valiente el desvergonzado, cortesano el vagamundo, el negro moreno, señor maestro al albardero y señor doctor al platicante³³.

Como vemos, la hipocresía es la base de todo pecado y Quevedo dedica a este aspecto de la sociedad un largo discurso del Desengaño. Los hombres creen en las apariencias, sean estas riqueza, poder o belleza. Nada es cierto, todo es ficción y vaciedad. El mundo aunque satisface los placeres humanos corrompe la paz del alma y la lleva a la perdición.

En la literatura ascética se dice a menudo que el mundo es un “hipócrita” porque parece que promete la realización de todos los deseos pero, en último término, no trae sino desgracia, sufrimiento y, finalmente, muerte y descomposición³⁴.

³³ Quevedo, F. de, *Los sueños*, ed. Arellano, I., Madrid, Cátedra, 2007, “El Mundo por de dentro”, pp. 280-281. Todas las citas de la *Los sueños* están sacadas de esta edición, por lo que en adelante me limitaré a señalar en paréntesis el sueño y el número de página.

³⁴ Nolting-Hauff, p. 179

En este sentido, el mundo en sí es el primer peldaño de la escalera que conduce a la muerte y al infierno.

En el segundo cuadro *El alguacil endemoniado* Quevedo pasa de la hipocresía macrocósmica del mundo a la hipocresía miscocósmica del alguacil. Este sueño tiene puntos de contacto con los dos mundos. Hay una relación muy estrecha entre el contenido del sueño y la realidad del mundo que se enfatiza con la escena cotidiana presentada en las primeras palabras del autor: “Fue el caso que entré en san Pedro a buscar al licenciado Calabrés” (*El alguacil*, p. 139). A diferencia de los otros sueños, en este discurso se da una introducción explícita del mundo infernal en lo humano, terreno preparado ya en el *Mundo*. Según Díaz-Montoya:

[...] la posesión demoníaca o endemoniamiento, era un fenómeno suficientemente sospechoso en su época para traer a las mentes de cualquier contemporáneo la duda de si se trataría no de una enajenación diabólica sino de una simple locura. Esta duda probable ofrecía la ventajosa consecuencia de enlazar estrechamente el aspecto demoníaco de los comentarios con su aspecto puramente humano³⁵.

Los diálogos entre el diablo/alguacil de carácter ficticio y el narrador y el licenciado de carácter real tienen tres partes. En el discurso de introducción del diablo se trata de la naturaleza semejante entre el oficio del diablo y el del alguacil distinguiendo entre la complementaria alguacilidad del primero y la diablura del segundo.

Aunque el espíritu no pone en duda la semejanza entre el hombre y el diablo niega el carácter humano del alguacil: “No es hombre sino alguacil”. (*El alguacil*, p. 144), de esta manera, elevando el carácter maligno de su oficio en comparación con lo diabólico.

¿Quién podría negar que demonios y alguaciles no tenemos un mismo oficio, pues bien mirado nosotros procuramos condenar y los alguaciles también; nosotros que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran con más ahínco, porque ellos lo han menester para su sustento y nosotros para nuestra compañía. (*El alguacil*, p. 144)

³⁵ Díaz- Montoya, 1980, pp. 56-57

Acabada la introducción, el espíritu presenta un discurso dividido en dos partes: a la primera pertenecen los poetas y los enamorados, a la segunda – los reyes, mercaderes, jueces, y mujeres.

Gonzalo Díaz - Montoya establece un esquema de este discurso de la forma siguiente:

I	II
1. Poetas (MUNDO)	1. Reyes, mercaderes y jueces ³⁶ (MUNDO)
2. Descripción del infierno (ULTRAMUNDO)	2. Alegoría de la Justicia (ULTRAMUNDO)
3. Enamorados (MUNDO)	3. Mujeres (MUNDO)
4. Consideraciones sobre los demonios (ULTRAMUNDO)	4. Consideraciones sobre los pobres (ULTRAMUNDO)

Según el autor,

“Ambas mitades están organizadas de un modo semejante: primero, el tratamiento de ciertos tipos concretos; luego, el desarrollo de un tema ilustrativo de la característica fundamental de los tipos anteriores; a continuación, un ejemplo concreto adicional en donde se explora más específicamente la característica en cuestión: para acabar con unas consideraciones contradictorias, en cada caso, de lo precedente a modo de ejemplo negativo de lo mismo. [...] Además de la alternancia de mundo y ultramundo que se advierte en esta progresión discursiva, es de notar el carácter especular de ambas mitades: iguales pero invertidas. [...] Los poetas y los enamorados, lectores figurativos del mundo, viven la mentira o error consistente en tomar por sentido del mundo las figuras que ellos mismos inventan y que el resto de los mortales reconoce como ficciones. Los reyes, mercaderes, jueces y mujeres, en cambio, viven el error de literalizar unas ficciones recibidas. Aquellos usan las ficciones de su imaginación para ignorar la realidad de este mundo. Estos usan las ficciones recibidas para encubrir la realidad de sus actos”³⁷.

³⁶ Solo los reyes extranjeros son parte del infierno. Los españoles son dichosos por ser “vasallos y gobernados por un rey tan vigilante y católico, a cuya imitación os vais al cielo” (Alguacil, pp. 159-160)

³⁷ Díaz- Montoya, 1980, pp. 59-60

Ejemplos indicativos de la actitud humana que no acepta una relación interdependiente entre la realidad del hombre y la ficción del diablo como dos caras de la misma existencia es evidente en el discurso del diablo.

Remediad esto, que poco ha que fue Jerónimo Bosco allá, y preguntándole por que había hecho tantos guisados de nosotros en sus sueños dijo: “Porque no había creído nunca que había demonios de veras”. Lo otro, y lo que mas sentimos, es que hablando comúnmente soléis decir: “¡Miren el diablo de sastre!”, o “¡Diablo es el sastrecillo!” ¿A sastre nos comparáis, que damos leña con ellos al infierno y aun nos hacemos de rogar para recibirlos, que si no es la póliza de quinientos nunca hacemos recibo, por no malvezarnos y que ellos no aleguen posesión “*Quoniam consuetudo est altera lex*”, y como tienen posesión en el hurtar y quebrantar las fiestas, fundan agravio si no les abrimos las puertas grandes, como si fuesen de casa. También nos quejamos de que no hay cosa, por mala que sea, que no la deis al diablo, y en enfadándoos algo, luego decís: “¡Pues el diablo te lleve!”. Pues advertid que son mas los que se van allá que los traemos, que no de todo hacemos caso. Dais al diablo un mal trapillo y no le toma el diablo, porque hay algún mal trapillo que no le tomará diablo: dais al diablo un italiano y no le toma el diablo, porque hay italiano que tomará al diablo. Y advertid que las más veces dais al diablo lo que él ya se tiene, digo, nos tenemos. (*El alguacil*, pp. 156-157)

Los interlocutores del diablo, el poeta narrador y el licenciado calabrés, pertenecen respectivamente a estos dos mundos distintos porque mientras el primero admite las sutilezas del diablo, el segundo se enoja queriendo enmudecerlo.

Cuando el diablo predica el mundo se acaba. ¿Pues cómo siendo tu padre de la mentira [...] dices cosas que bastan a convertir una piedra? (*El alguacil*, p. 168)

La visión distinta de la realidad del poeta y del licenciado se manifiesta también en sus diálogos con el demonio. El narrador se interesa primordialmente por los poetas, luego por las mujeres y por los pobres, mientras que el licenciado pregunta por los jueces y mercaderes.

El licenciado Calabrés, hipócrita por antonomasia, unos de los tipos descendientes del *Mundo de por dentro*, no quiere aceptar la unidad dialéctica entre el hombre y el diablo. Rechazando “las sutilezas del diablo” el licenciado huye voluntariamente del descubrimiento que

le puede hacer el espíritu y, de esta manera, se justifica el retrato grotesco del principio del discurso:

Este señor, que era unos de los que Cristo llamó sepulcros hermosos por de fuera, blanqueador de llenos de molduras, y por de dentro pudrición y gusanos, fingiendo en lo exterior honestidad, siendo en lo interior del alma disoluto y de muy ancha y rasgada conciencia. Era, en buen romance, hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma y fabula con voz. (*El alguacil*, p. 143)

Al final, el narrador advierte al lector:

Vuestra Excelencia con curiosa atención mire esto y no mire a quien lo dijo; que Herodes profetizó, y por la boca de una sierpe de piedra sale un caño de agua, en la quijada de un leon hay miel, y el psalmo dice que a veces recibimos salud de nuestros enemigos y de mano de aquellos que nos aborrecen. (*El alguacil*, p. 169)

El final establece el *estatus quo* de la aparente contradicción: el diablo es capaz de convertir una piedra con sus discursos precisamente porque es padre de la mentira.

El sueño de la muerte es el tercero de los penta-sueños de la trayectoria de la vida humana y no solo representa un balance entre el mundo y el ultramundo, sino que sirve también como un cuadro de introducción para el mundo del más allá que paulatinamente se desarrollaría y se agudizaría en los sueños siguientes. Si en *El alguacil* el poeta fue testigo auditivo de los cuadros infernales, empezando con este sueño se transforma en testigo ocular. En este sueño existen varios aspectos mitigantes para el narrador enfrentado al ultramundo: el primero es el hecho de que el poeta es físicamente un testigo pasivo del cuadro fantasmagórico que lo rodea al principio; el segundo es que el mundo de la ultratumba se traslada al dormitorio del poeta, un espacio confortable para el narrador; el tercero es el hecho de que los muertos están indagando acerca de las cosas terrestres; el cuarto es que existe un equilibrio balanceado entre el dialogo del poeta y los fantasmas. Es el único sueño en el cual el poeta no solo escucha a sus interlocutores sino que también se siente capaz de discutir acerca de los valores humanos de su tiempo. Sus discursos acerca de la honra, el dinero, la justicia, la situación política no solo descubren las

verdades aprendidas en *El mundo* y *El alguacil* sino que también añoran los tiempos de la Edad Media en la cual los valores humanos no se escondían detrás de máscaras hipócritas.

Mucho hay que decir en esto – le respondí yo -; tocado has una tecla del diablo. Todos tienen honra y todos son honrados y todos lo hacen todo caso de honra. Hay honra en todos los estados, y la honra se está cayendo de su estado, y parece que esta ya siete estados debajo de tierra. Si hurtan dicen que por conservar esta negra honra, y que quieren más hurtar que pedir. Si piden dicen que por conservar esta negra honra, y que es mejor pedir que no hurtar. Si levantan un testimonio, si matan a uno, lo mismo dicen, que un hombre honrado antes se ha de dejar morir entre los dos paredes que sujetarse a nadie, y todo lo hacen al revés. Y al fin, en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honra a la comodidad, y con presumir de honrados y no serlo, se ríen del mundo. (*La muerte*, pp.350-351)

Los muertos divididos en tipos y personajes ficticios folclóricos acompañan la procesión onírica de la Muerte. Primero vienen los tipos cuya profesión está relacionada con la muerte: los médicos a caballo en unas mulas que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas. (*La muerte*, p. 312), gran chusma y caterva de boticarios (*La muerte*, p. 314), el barbero (*La muerte*, p. 315), los sacamuelas (*La muerte*, p. 322), seguidos de los chismosos, los mentirosos, los entremetidos, y los postreros (*La muerte*, p. 326). Detrás de todos entra la Muerte con su aspecto grotescamente desfigurado, cuyo papel aquí es de guía y descubiertos de verdades como el Desengaño en *El mundo*.

Esto no es muerte sino los muertos o lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre; la muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos la vuestra muerte, tiene la cara de cada uno de vosotros y todos sois muertes de vosotros mismos; la calavera es el muerto y la cara es la muerte y lo que llamáis morir es acabar de morir y lo que llamáis nacer es empezar a morir y lo que llamáis vivir es morir viviendo, y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra a la sepultura. (*La muerte*, p.329)

Como vemos la vida no es más que un viaje hacia la muerte, la cual no acaba, sin embargo la existencia humana. El alma despojada de carne y hueso continúa su viaje por la escalera de la ultratumba. Según Seneca, la vida es un préstamo que debemos pagar agradeciendo el tiempo

que ha sido nuestro para contemplar y admirar el mundo. Pero ¿cuántas personas piensan en la brevedad de esta vida?

¿Dónde se ve una persona que sepa el precio del tiempo, el valor de un día y que considere que cada día muere? Esto es lo que nos produce el engaño, que miramos a la muerte de lejos, aunque en gran parte ya haya pasado, porque el tiempo pasado pertenece a la muerte³⁸.

La muerte como metamorfosis natural de la existencia humana es bien representada en este sueño de Quevedo. Descubriendo la cara de la verdad la Muerte, como su homónimo en *El mundo*, acompaña al poeta durante su viaje al reino de la ultratumba. El viaje no es horizontal como en *El mundo*, sino vertical, muy parecido al del infierno. Los cuadros alegóricos corresponden a los escalones de la vida humana. Primero aparecen los tres enemigos del alma: el mundo, el diablo, y la carne y el dinero que “tiene puesto pleito a los tres”. Más abajo, detrás de una puerta, están a un lado el Infierno y al otro el Juicio. Esta ubicación sugiere que los sueños del juicio y del infierno se desarrollarían al mismo nivel respecto a la escalera de la muerte. El poeta, ya no es un personaje pasivo como en *El mundo*, y está capaz de explicar muy elocuente que vio el infierno en el mundo que vive:

En la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos, en la vanidad de los príncipes, y donde cabe el infierno todo sin que se pierda gota, es en la hipocresía de los mohatrerros de las virtudes, que hacen logro del ayuno y del oír misas. Y lo que mas he estimado es haber visto el Juicio, porque hasta agora he vivido engañado, y agora que veo el Juicio como es, echo de ver que el que hay en el mundo no es juicio ni hay nombre de juicio, y que hay muy poco juicio en el mundo. (*La muerte*, p. 332)

Más abajo, en un grandísimo llano está el tribunal y la audiencia de la Muerte. Acompañada de distintas muertes: la muerte de amores, la muerte de frío, la muerte de hambre, la muerte de miedo, y la muerte de risa la Muerte asentada en su trono presenta su reino. Entre los tipos pecadores hay varias figuras alegóricas: la Envidia con habito de viuda (*La muerte*, p.333),

³⁸ Citado por Zambrano, p. 76

debajo de ella, la Discordia “como que nacía de su vientre”, la Ingratitud “estaba en un gran horno, haciendo de una masa de soberbios y odios, demonio nuevos cada momento”. (*La muerte*, p.334) Una categoría especial de los muertos compuesta por personajes ficticios se quejan del abuso de locuciones que los vivos hacen de ellos.

Los cuadros alegóricos y las descripciones de visiones existen también en *El sueño del juicio final*, que es el segundo peldaño del mundo del más allá en el cual las almas se juzgan según los hechos de la vida. En este sueño el motivo marginal bíblico del Juicio Final adquiere dimensiones satíricas – morales sin precedentes en la literatura de la época gracias a la agudeza burlesca de las imágenes y las situaciones grotescas. Al analizar lo grotesco en la obra de Quevedo James Iffland utiliza las perspectivas de Lee Byron Jennings y Philip Thomson con algunas precisiones de Willard Farnham y define lo grotesco como

unresolved clash of incompatible, one of which is some form of comic and the other is some sort of disagreeable, disgusting, obscene, etc. [...]the grotesque along lines [is] related to *terminus technicus* – that is, the grotesque as a tension-ridden fusion of incompatible elements from different realms of the physical world”³⁹.

Aunque el autor de *Los sueños* utiliza ya lo grotesco en la descripción de los retratos físicos de la Muerte y de la dueña Quintañona (*El sueño de la muerte*), es precisamente en *El sueño del juicio final* donde abundan las situaciones grotescas, gracias a la descripción apocalíptica de las cosas. El sueño se divide en tres partes: la fragmentación y unificación corporal de los pecadores, el juicio del Dios y la aparente normalidad de las cosas.

La primera parte de *El juicio final* es casi totalmente descriptiva. El cuadro narrativo de Quevedo tiene puntos de contacto con el cuadro homólogo de Jerónimo Bosch. Los objetos de la sátira de Quevedo salen de su tumba y Quevedo se entretiene en la pintura. El autor se burla al

³⁹ Iffland, 1978, p. 56

extremo de la descomposición de los seres humanos, de esta manera, deshumanizando grotescamente a sus personajes. La tentativa de la unidad corporal se produce a dos niveles:

1. el intento del cuerpo de adquirir el órgano que lo rechaza

[...] noté de la manera que algunas almas venían con asco, y otras huían de sus antiguos cuerpos. A cuál faltaba un brazo, a cuál un ojo, y dióme risa a ver la diversidad de figuras (*El juicio final*, p. 94)

2. la denegación del cuerpo de apropiarse de sus órganos para que los últimos no testifiquen en contra de ellos.

Solo en un cementerio me pareció que andaban destrocando cabezas y que vía un escribano que no le venía bien el alma y quiso decir que no era suya por descartarse della. [...] los lujuriosos no querían que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí, los maldicientes las lenguas, los ladrones y matadores gastaban los pies en huir de sus mismas manos. Y volviéndome a un lado vi a un avariento que estaba preguntando a uno, que por haber sido embalsamado y estar lejos sus tripas no habían llegado, si habían de resucitar aquel día todos los enterrados, si resuscitarían unos bolsones suyos. Riérame si no me lastimara a otra parte el afán con que una gran chisma de escribanos andaban huyendo de sus orejas, deseando no las llevar por no oír lo que esperaban, más solos fueron sin ellas los que acá las habían perdido por ladrones, que por descuido no fueron todos. Pero lo que más me espantó fue ver los cuerpos de dos o tres mercaderes que se habían calzado las almas al revés y tenían todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha. (*El juicio final*, pp. 95-97)

Las operaciones voluntarias o involuntarias que realizan las partes del cuerpo son interpretadas alegóricamente para satirizar al máximo los vicios humanos⁴⁰. Es decir, la deformación física corresponde a la deformación moral y espiritual del hombre. Lo grotesco aquí consiste en que al substrato negativo de la muerte y la descomposición humana se añade el caos de la situación que se transforma en lo cómico: los pecadores resucitados para el juicio final actúan como si estuvieran vivos, como si la muerte no les hubiera enseñado nada.

La segunda parte del juicio se caracteriza por los diálogos de acusación y defensa entre los diablos acusadores y ángeles caídos defensores. La escena se parece a un tribunal terrenal,

⁴⁰ En las obras serias, especialmente en *La política de Dios*, Quevedo utiliza la técnica de la fragmentación corporal para extraer normas de conducta concretas presentadas como preceptos políticos para el rey y sus ministros.

aunque los ángeles defensores actúan como marionetas; sus defensas son triviales, sin argumentos. A veces los pecadores tratan de defenderse a sí mismos, pero sus argumentos provocan risa. Los diálogos son rápidos, sin puntos culminantes o curvas de intensidad. Todos los pecadores, como era de esperar, son condenados en el juicio por Dios. Acabado el tribunal, el tono adquiere un tono más serio. En la frase “Y Cristo subió consigo a descansar en sí los Dichosos por su Pasión” (*El juicio final*, p. 132) se puede oír un eco de la paz de los benditos. Es el único lugar en el cual Quevedo alude brevemente a la gloria de los justos. Sin embargo, lo que identifica este sueño es como se ríen el autor (narrador pasivo) y los demonios (sujetos activos) de los retratos físico- morales humanos (objetos activos). El sueño acaba en carcajadas:

Dióme tanta risa ver esto que me despertaron las carcajadas, y fue mucho quedar de tan risa triste sueño más alegre que espantado. (*El juicio final*, p. 133)

El tema del infierno ya anticipado en *El alguacil* y en *El juicio final* describe el peregrinaje del poeta por el reino de ultratumba. Quevedo sigue la tradición de Dante con excepción de que el narrador quevedesco no tiene un guía constante, aunque el poeta menciona que le ha acompañado el ángel de la guarda. Sin embargo no enfatiza más la presencia celestial en el infierno a causa de la difícil armonización con el mundo infernal satírico.

Como en el reino de la Muerte el reino del Infierno representa una escalera descendente, pero esta vez, a la mano izquierda. Similar a la estructura infernal dantesca, la graduación de menos a más en la clasificación de los pecados está muy bien representada en el infierno de Quevedo. Los primeros pecadores son los sastres, los libreros, y los cocheros; después vienen los aduladores que están juntos con los bufones por “ser bufones entre cuero y carne” (*El infierno*, p.191). Más abajo nos encontramos con los pasteleros, los mercaderes, los hidalgos presuntuosos, y las dueñas. El despensero es asociado con Judas y lo vemos en la parte del infierno más hondo. Judas no es el peor pecador. Los peores están más abajo: “Y porque estáis

muy espantado y fiado en que yo estoy el peor hombre que ha habido, ve ahí debajo y veras muchísimos más malos” (*El infierno*, p. 225). Abajo aparecen los condenados puestos al mismo nivel: las mujeres hermosas, los letrados, los enamorados y los poetas; detrás de ellos, los que no supieron pedir a Dios: los ensalmadores y los saludadores seguidos de astrólogos y alquimistas. Los peores de estos son los herejes que renegaron de Dios, y después de ellos está Mahoma. El centro del infierno está presidido por Lucifer.

Dime prisa a salir de este cercado y pase a una galería donde estaba Lucifer cercado de diablas, que también hay hembras como machos. No entré dentro porque no me atreví a sufrir su aspecto disforme; solo diré que tal galería tan bien ordenado no se ha visto en el mundo, porque todo estaba colgada de emperadores y reyes vivos como acá muertos. Allá vi toda la casa otomana, los de Roma por su orden. Mire por los españoles y no vi corona ninguna española; quedé contentísimo que no lo sabré decir. (*El infierno*, p. 265)

En el camarín de Lucifer, el autor encuentra toda una gama de pecadores: hay cronistas, pesquisidores, falsas vírgenes, demandadores, etc. Aquí, en el punto culminante, termina el *Sueño del infierno*.

Lo que distingue el infierno quevedesco de aquel dantesco son no solo los condenados, arquetipos en la mayoría de los casos, sino también el criterio conceptuoso de los pecados. Muchos de los condenados de Quevedo tienen en el infierno el mismo nivel asociado por juegos de ingenio y chistes conceptuosos. Respecto a este fenómeno Rodrigo Cacho Casal menciona:

Ambos criterios, moral y conceptuoso, se fundan y se soplapan en las sátiras quevedescas. Podemos casi hablar de un cruce de ejes: al moral le corresponde una estructuración vertical, al conceptuoso una horizontal. Cuando predomina el primero se nota más claramente la voluntad seria y adoctrinadora de los Sueños; cuando predomina el segundo, nos será más fácil captar su aspecto jocoso y burlesco. Pero que nos resulte más evidente el uno o el otro no quiere decir que el chiste excluya sistemáticamente lo moral ni que la digresión aleccionadora rechace la burla, sino todo lo contrario⁴¹.

Según el autor, distinguimos varias categorías de castigos infernales en *Los sueños* de Quevedo:

⁴¹ Cacho Casal, p. 82.

1. La pena de *contrapasso* es la idea bíblica tomada de la ley del talión, (ojo por ojo, diente por diente) según la cual el condenado sufre como castigo el daño que ha causado en la vida.

Lleguéme por ver lo que había y vi en una cueva honda (garganta del infierno) penar muchos, y entre otros un letrado revolviendo no tanto leyes como caldos; un escribano comiendo solo letras que no había querido solo leer en esta vida; todos ajuares del infierno, las ropas y tocados de los condenados, estaban prendidos, en vez de clavos y alfileres, con alguaciles; un avariento contando mas duelos que dineros, un medico penando en un orinal y un boticario en una melecina (*El juicio final*, pp.132-133)

2. La pena por analogía o asociación

Y lleguéme a unas bóvedas donde comencé a tiritar de frio y dar diente con diente, que me helaba. Pregunté movido de la novedad de ver frío en el infierno, qué era aquello, y salió a responder un diablo zambo, con espolones y grietas, lleno de sabañones y dijo:

- Señor, este frío es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares chocarreros, hombres por demás y que sobran en el mundo y que están aquí retirados, porque si anduvieron por el infierno sueltos, su frialdad es tanta que temblaría el dolor del fuego. (*El infierno*, pp. 190-191)

Pregunté lo que era aquello, y dijéronme que allí penaban las mujeres que en el mundo se volvieron en dueñas. Así supe que las dueñas de acá son ranas del infierno, que eternamente como ranas están hablando sin ton y sin son, húmidas en cieno, y son propiamente ranas infernales, porque las dueñas ni son carne ni pescado, como ellas. (*El infierno*, pp. 203-204)

3. La pena con el fuego infernal

Partíme de allí y subíme por una cuesta donde en la cumbre y alrededor se estaban abrazando unos hombres en fuego infernal, el cual encendían unos diablos en lugar fuelles con corchetes, que soplaban mucho mas, que aun allá tienen este oficio ellos y los malditos alguaciles; por soplar, daban crueles voces. (*El infierno*, p. 195)

[...] pasé adelante donde estaban juntos los ensalmadores, ardiéndose vivos y los saludadores también, condenados por embustidores. (*El infierno*, p. 235)

4. La pena por azotazos

En esto iba cuando en una gran zahúrda andaban mucho número de animas gimiendo y muchos diablos con látigos y zurriagas azotándolos. Pregunte que

gente eran y dijeron que no eran sino cocheros; y dijo un diablo lleno de cazcarrias, romo y calvo que quisiera más (a manera de decir) lidiar con lacayos, porque había cochero de aquellos que pedían aun dineros por ser atormentado, y que la tema de todos era que habían de poner pleito a los diablos por el oficio, pues no sabían chasquear los azotes tan bien como ellos. (*El infierno*, p. 186-187)

- Pues pagad espalda – dijo un diablo [al caballero]; y dióle luego cuatro palos en ella que le derribo de la cuesta. (*El infierno*, p. 198)

Como vemos, muchas veces los diablos actúan como agentes castigadores. Sin embargo, hay casos en los cuales los mismos condenados infligen castigo a los otros.

Salí dejando el charco a mano izquierda, a una dehesa donde estaban muchos hombres arañándose y dando voces, y eran infinitésimos, y tenía seis porteros. Pregunté a uno qué gente era aquella tan vieja y tan en cantidad.

- Este es – dijo – el cuarto de los padres que se condenan por dejar ricos a sus hijos, que por otro nombre se llama el cuarto de los necios. (*El infierno*, p. 204)

Por último, el mismo condenado se autocastiga, actuando como masoquista.

Y volviendo vi a un hombre asentado en la silla a solas sin fuego, ni hielo, ni demonio, ni pena laguna, dando las mas desesperadas voces que oí en el infierno, llorando el propio corazón, haciéndose pedazos a golpes y a vulcos. (*El infierno*, p. 217)

La risa como instrumento de burla y humillación de los pecadores percibida como algo natural por el autor en *El juicio final*, se muestra sorprendente en el principio en el cuadro de *El infierno*.

Tenía talle de no acabar [el diablo] sus propiedades si yo no me pasara adelante movido de la admiración de unos grandes carcajadas que oí. Fuíme allá por ver la risa en el infierno, cosa tan nueva. (*El infierno*, p. 197)

Sin embargo, de la manera como se desarrollan las situaciones grotescas del Infierno, el autor mismo se transforma, a veces, en el sujeto de la risa.

Pero diome risa a ver unos taberneros que se andaban sueltos por todo el infierno... (*El infierno*, p. 219)

Con lo escrito arriba he tratado de establecer un hilo de interdependencia entretejiendo cronológicamente *Los sueños* desde la perspectiva de la de vida humana y de la enseñanza

neostoica del tiempo. La vida es solo un preludio de la muerte después de la cual el juicio final espera al hombre en la antesala del infierno. Es el camino inevitable por el cual pasa la sociedad de Quevedo. El paraíso está ausente de la obra del autor porque no puede haber salvación para un mundo que acepta el vicio, el engaño y el caos en la vida. El mundo del hombre es más infernal que el infierno del diablo por eso la autodestrucción del hombre es inevitable y detrás de la sepultura, como ya nos demostró Quevedo, no cabe ninguna metafísica de consuelo.

Nosotros [...] somos ángeles aunque sin gracia
(*El alguacil endemoniado*)

En el capítulo precedente al analizar los cuadros oníricos según la trayectoria de la vida humana, no pude evitar referencias diabólicas como parte de la existencia pecaminosa del hombre. En el presente apartado mi enfoque será el análisis del fenómeno diabólico de *Los sueños*: sus características y sus funciones.

El diablo de *Los sueños* quevedescos, como hemos visto, presenta características contrastadas, unas pertenecientes a la doctrina teológica (la posesión satánica, el exorcismo en *El alguacil*, etc.); otras a la demonología folclórica (la corcova y la cojera del diablo en *El infierno*, la astucia en *El alguacil*, etc.). Sin embargo, no existe una relación equilibrada entre las dos tendencias: los matices folclóricos prevalecen sobre los teológicos. Apartando al diablo de su estirpe católica, Quevedo crea una auténtica contrafigura del mismo, desprovista de su potencial terrorífico, cardada, en cambio, de reminiscencias humorísticas, burlescas y grotescas. El demonio quevedesco es más un ser de este mundo que del otro. Iguales a las criaturas humanas, los diablos en *El infierno* tienen su individualidad: hay “un demonio mal barbado entrecano”⁴², “un diablo de marca mayor, corcovado y cojo” (p. 184), “un diablo lleno de cazcarrias, romo y calvo”, (p. 187), “un diablo zumbo, con espolones y grietas lleno de sabañones”, (p. 183), etc. Lo que unen a estas criaturas diabólicas es el retrato físico general:

“Y lo mismo digo de los diablos que todos son capones sin pelo de barba y arrugados, aunque sospecho que como todos se queman, que el estar lampiños es de chamuzcado el pelo con el fuego y lo arrugado del calor, y debe de ser así, porque no vi ceja ni pestaña, y todos eran calvos” (*El infierno*, p. 221).

En este contexto, Francisco Flores Arroyuelo al describir distintos aspectos y formas que toman estos espíritus menciona:

⁴² Francisco de Quevedo, *Los sueños*, p.183.

Los demonios se manifiestan en cuerpos humanos negros, mugrientos, hediondos y tremendos, o por lo menos en cuerpos de rostro oscuro, moreno y pintarrajeado, de nariz deformadamente rajada, de ojos hundidos, chispeantes, de manos y pies ganchudos como de buitre, de brazos y muslos delgados y llenos de pelo, de piernas de burro o de cabra, de pies de cuerno algunas veces rajado y algunas veces solido, y por ultimo de estatura y proporciones del cuerpo siempre demasiado grandes o demasiado pequeñas y contrahechas⁴³.

También Enrique Duarte en su trabajo dedica espacio al aspecto oscuro del demonio. Respecto al tema el autor dice:

La primera vez que aparece el demonio pintado de color negro es en el *Salterio* de Stuttgart, del siglo IX. Este color negro será el característico del demonio a lo largo de toda la edad Media, aunque también podía aparecer con un color azul oscuro o violeta. De esta forma se representaba el aire inferior, oscuro y denso en el que se había convertido, a diferencia de los ángeles obedientes que se representan, en un principio, con el color rojo, símbolo del fuego etéreo y de su contacto con Dios. A veces se le mostraba con el color pardo o gris pálido, color de la enfermedad y muerte. Solo en el arte medieval posterior se le dibuja con el color rojo, que es el color de la sangre y de las llamas de infierno⁴⁴.

Wilhelm Fränger al analizar el diablo en los cuadros de Bosco sostiene una idea similar:

Satan appears as a metallic blue idol. Blue is, according to folk-belief, the color of deceit, disillusion and depression, hence the expressions ‘to swear black-and-blue’ – ‘to lie the bue out of the sky’ – ‘to drink till it’s blue’ – ‘to have the blue devils’ – ‘to look blue’ – ‘to be in a blue funk’, and the *blue Schuyte* that in Dutch corresponds to Sebastian Brant’s Ship of Fools as the dumping ground of all human absurdities⁴⁵.

Los diablos de Quevedo, sin embargo, elocuentes tanto en la crítica de los seres humanos como en la defensa de sus próximos, se quejan no tanto del color de su piel cuanto de la injuria causada por el pintor neerlandés:

Mas dejando esto, os quiero decir que estamos muy sentidos de los potajes que hacéis de nosotros, pintándonos con garra sin ser aguiluchos; con colas, habiendo diablos rabones; con cuernos, no siendo casados; y mal barbados siempre, habiendo diablos de nosotros que podemos ser ermitaños y corregidores. Remediad esto, que poco ha que fue Jerónimo Bosco allá, y preguntándole por

⁴³ Flores Arroyuelo, p. 41

⁴⁴ Duarte, p. 143

⁴⁵ Fränger, p. 94

que había hecho tantos guisados de nosotros en sus sueños dijo: “Porque no había creído nunca que había demonios de veras”. (*El alguacil*, pp. 155-157)

Si analizamos las pinturas del Bosco nos damos cuenta que para la representación de los diablos, el pintor combina naturalezas de tal manera que el resultado tenga relación con todas sin formar parte de ninguna. Lo híbrido, como resultado de este procedimiento, es lo monstruoso⁴⁶. Por otra parte, los diablos de Quevedo acostumbrados a ser representados según la semejanza humana, no entienden las alusiones irreconocibles, a veces simbólicas del Bosco.

Para completar la lista de las quejas me parece oportuno mencionar también a Luís Pacheco de Narváez que en su polémica literaria contra Quevedo intitulada *Tribunal de la justa venganza* protesta en el cargo nono acerca del tema:

En folios 30, 32, con su acostumbrada bufonería, con que tiene enfadado al mundo, usando della en todas las conversaciones y escritos (aunque es verdad que como él no supo ni sabe otra cosa, usa de lo que sabe) hace a unos demonios mal barbados; a otros entrecanos, lampiños, zurdos, corcovados, romos, calvos, mulatos, zambos, cojos y con sabañones.

“Posible será (acrecentó el religioso) que algo desto creído de los poco avisados, por hallarlo escrito de molde y al parecer aprobado de hombres doctos y con licencia privilegiada de los superiores (que todo esto para con ellos hace fe), los tendrán menos temor, pareciéndoles que son hombres en quien caben semejantes accidentes, y será remisa la diligencia para temerlos, huir y librarse dellos como de mortales enemigos”.

Disimulando los jueces la indignación a que los provocó este cargo, dijeron que don Francisco Quevedo parecía ser aprendiz o segunda parte del ateísta y pintor Gerónimo Bosque, porque todo lo que este ejecutó con el pincel, haciendo irrisión de que dijese que había demonios, pintando muchos con varias formas y defetos, había copiado con la pluma el dicho don Francisco; y que si fue con el mismo intento que el otro en la dudativa acerca de la inmortalidad del alma, lo tenían por sospecha, aunque no lo afirmaban⁴⁷.

Aunque Pacheco de Narváez afirma la semejanza de Quevedo con el Bosco en cuanto a la herejía acerca de los diablos, analizando la obra de los dos notamos una diferencia esencial entre la

⁴⁶ Véase Levisi, pp. 163-200

⁴⁷ Pacheco de Narváez, p. 56-57

ortodoxia del primero y la heterodoxia del segundo. En cuanto a la obra de Bosco es necesario distinguir dos concepciones antagonistas:

La primera ha caracterizado al pintor ferviente, aunque inquieto por la suerte de su iglesia, próximo espiritualmente a grupos de místicos y moralistas que por estos años abundaban tanto en los Países Bajos como en Alemania y que luchaban al igual contra la herejía y contra los vicios de su propia iglesia. La segunda le describe como iconoclasta vinculado a movimientos excomulgados y heréticos⁴⁸.

Quevedo, por otra parte, feroz creyente, nunca dudó de la iglesia católica.

...en su obra de contraste, en su conceptismo en prosa y verso, en su retorsión, su humor y su doctrina, está impregnado de motivos católicos hasta lo más contradictorio e irreverente. Los censores de acusaron a veces de herejía, pero esto era un claro absurdo que no produjo consecuencias. Lo que sí ocurre es la extrañeza que hoy nos produce la confianza en lo familiar, que produce chistes, frases e incluso procedimientos de obras enteras, entre la irreverencia y la paradoja. La familiaridad con lo sagrado, la seguridad con la fe y de las creencias de un país ultra-ortodoxo explican *Los sueños* de Quevedo y frases otras obras suyas⁴⁹.

Por eso los diablos burlescos de Quevedo son más resultantes de la familiaridad humana que de la duda o vacilación cristiana. La jocosidad en cuanto a lo diabólico no es el resultado de las burlas de la materia sagrada, sino de la galería de tipos y personajes tan elocuentemente representados en sus *Sueños*.

En *El sueño de la muerte* los diablos nacen en el horno de la ingratitud “de una masa de soberbios y odios” y el narrador sospecha que “los ingratos eran diablos y caí entonces en que los ángeles para ser diablos fueron primero ingratos”. (p. 334) Es decir, los primeros ángeles caídos se transformaron en los demonios, y desde entonces los diablos tienen origen en los hombres “soberbios y odios”. Es la única información que Quevedo nos presenta en cuanto a la formación de los diablos en *Los sueños*.

⁴⁸ Pérez, pp.59-60

⁴⁹ Valbuena, p. 117

La presencia del diablo es bien incorporada en la obra de Quevedo gracias a su capacidad de relacionarse e identificarse con lo humano. El autor madrileño utiliza varias técnicas representativas de estos espíritus: en *El juicio final* y en *El infierno* los diablos son soñados y en *La muerte* – místicamente presentados y en *El alguacil* el diablo, aunque invisible, está presente en el mundo mediante su posesión de un alguacil.

El vínculo entre el diablo y el hombre en *Los sueños* es muy fuerte, el diablo es el eje básico de comparación para el comportamiento humano. La relación entre el diablo y el hombre se produce a dos niveles:

1. La relación de igualdad entre la malicia diabólica y la humana

Y bien mirado si así se toca la tecla de las purgas, sus tiendas [los boticarios] son purgatorios, y ellos los infiernos, los enfermos los condenados, y los médicos los diablos; y esto es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamás. (*La muerte*, p. 316)

En tanto, vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes, haciendo bragueros, y en esto conocí que eran sacamuelas, el oficio más maldito del mundo... (*La muerte*, p. 322)

Fuera de que los taberneros trasplantados acá, en tres meses son tan diablos como nosotros. (*El infierno* p. 219)

Una vez establecida la igualdad entre la maldad de los hombres y los diablos, los últimos utilizan a los primeros como sirvientes de su oficio.

...y topé muchos demonios en el camino con palos y lanzas, echando del infierno muchas mujeres hermosas y muchos malos letrados. Pregunté que por qué los quería echar del infierno a aquellos solos, y dijo un demonio porque eran de grandísimo provecho para la población del infierno en el mundo las damas con sus caras y con sus mentirosas hermosuras y buenos pareceres, y los letrados con buenas caras y malos pareceres, y que así los echaban porque trujesen gente. (*El infierno*, p. 225)

El diablo enguacilado menciona que los jueces sirven de materia prima para todos los oficios que hay en el infierno.

Los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados, y la simiente que más provecho y fruto nos da a los diablos, porque de cada juez que sembramos cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes, y esto cada día. De cada escribano cogemos veinte oficiales; de cada oficial treinta alguaciles; de cada alguacil diez corchetes; y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro. (*El alguacil*, pp. 161-162)

2. En la relación de inferioridad de la malicia diabólica respecto a la humana la agudeza alcanza dimensiones hiperbólico - burlescas de mayor intensidad. Así, por ejemplo, los alguaciles no se encuentran “en el infierno porque en cada alguacil malo, aun en vida está todo el infierno en él”. A los diablos les da miedo perder su oficio por la culpa de los alguaciles:

... son endiablados los malos alguaciles tememos que han de venir a hacer que sobremos nosotros para lo que es materia de condenar almas, y que se nos han de levantar con el oficio de los demonios, y que ha de venir Lucifer a ahorrarse de diablos y despedirnos a nosotros por recibirlos a ellos. (*El infierno*, p. 227)

Además, el diablo se queja por estar de mala gana dentro de un alguacil:

Y ten lástima de mí y sácame del cuerpo de este alguacil, que soy demonio de prendas y calidad, y perderé después mucho en el infierno por haber estado acá con malas compañías. (*El alguacil*, p. 146)

Los demonios tienen miedo de las viejas y de los homosexuales:

De los sodomitas y viejas no solo no sabemos dellos, pero ni querríamos saber que supiesen de nosotros, que en ellos peligran nuestras asentaderas, y los diablos por eso traemos cola, porque como aquellos están acá, habemos menester mosqueador de los rabos; de la viejas, porque aun acá nos enfadan y atormentan, y no hartas de vida hay algunas que nos enamoran. (*El infierno*, p. 207)

La relación de superioridad de la malicia diabólica respecto a la humana no está elaborada en *Los sueños* por tener matices doctrinales teológicos irrelevantes al propósito de Quevedo. Los males humanos no están concebidos como tentación demoníaca en esta obra, sino como rasgos de la naturaleza perversa del hombre, propios de su estado moral y profesional. “No

es hombre sino, alguacil” (*El alguacil*, p. 144). Así los mercaderes se condenan por vender, los malos ministros por robar (*El alguacil*, p. 151), los ladrones por tomar lo ajeno y las mujeres por dar lo suyo (*El infierno*, p.226). La paradoja consiste en que le diablo en vez de tentar el hombre a pecar, le predica sermones, un trabajo poco adecuado para su función.

Mata uno a otro primero vencido de la ira, pasión ciega, y otras veces del miedo que le mate a él. Así los hombres, que todo lo entendéis al revés, bobo llamáis al que no es sedicioso, alborotador, maldiciente; y sabio llamáis al mal acondicionado, perturbador y escandaloso; valiente al que perturba el sosiego, y cobarde al que con bien compuestas costumbres, escondido de las ocasiones, no da lugar que le pierdan el respeto. Estos tales son en que ningún vicio tiene licencia. (*El infierno*, p.202).

Al leer ese pasaje nos preguntamos involuntariamente ¿hasta qué punto tiene que llegar la maldad y el vicio humano, que ni siquiera el diablo, tentador del hombre por antonomasia, se atreve a predicarle sermones? En este contexto, Raimundo Lida nota:

El lector, sin embargo, no se deja engañar por las esferas afines del mal y del bien, tan elocuentemente expresadas por el diablo. Las advertencias del demonio no pueden ser sino mezclas falaces del bien y mal. Ni se ha de olvidar que, aunque del diablo se pueden aprender saludable lecciones, los avisos diabólicos procuran, no el bien del hombre, sino una calculada y redoblada agravación de su mal. El diablo predica para que el pecador, llegada la hora de la verdad, no pueda excusarse diciendo que faltó quien le advirtiera⁵⁰.

Como vemos, el diablo sabe que el hombre pecará aun si el mismo espíritu maligno en vez de tentarle en el camino de la perdición le enseñe él de la verdad porque como dice el demonio:

[...] mas diablos sois unos para otros que nosotros mismos. ¿hay diablo como un adulator, como un envidioso, como un amigo falso, y como una mala compañía. (*El alguacil*, p. 167)

En el prólogo al *Alguacil endemoniado* Quevedo parafrasea el texto de Pselo dividiendo los demonios en seis categorías:

⁵⁰ Lida, 1968, p. 95

Los primeros se llaman leliurios, que quiere decir ígneos; los segundos aéreos; los terceros terrenos; los cuartos acuáticos; los quintos subterráneos, los sextos lucífugos, que huyen de la luz. (p. 135)

Es la única frase que establece la división teológica doctrinal de los demonios. En general, en *Los sueños* el orden de los oficios demoníacos es muy parecido a un establecimiento humano: a la puerta del infierno están siete demonios escribiendo los nombres de los que entran (*El infierno*, p. 183); hay diablos denunciadores y ángeles caídos defensores de los vicios humanos (*El juicio*, p.106); una legión de demonios con azotes y palos traen a la audiencia una muchedumbre de taberneros, sastres, libreros, y zapateros (*El juicio*, p. 101), los ángeles de la guarda rodean a los acusados (*El juicio*, p. 121), un diablo quedó cojo y corcovado por haber traído al infierno muchos sastres que son la mejor leña que se quema en el infierno (*El infierno*, p. 184); existen diablos responsables del mantenimiento del fuego infernal con corchetes (*El infierno*, p. 195) y diablos espectadores entretenidos por los discursos de defensa de los condenados (*El infierno*, p. 197). Y como cumbre de la jerarquía demoníaca observamos a Lucifer en el centro del infierno, en una galería acompañado de diablitas (*El infierno*, p. 265).

Los diablos de Quevedo actúan muchas veces como catalizadores de las situaciones grotescas. Aunque los castigos que sufren los condenados de la mano de los diablos son horrorosos, siempre existe una dimensión cómica de la situación o de las palabras ingenuas del diablo que traslada la escena al campo del grotesco. En este contexto me parece oportuno citar la observación de James Iffland que en su capítulo sobre el tema del grotesco en *Los sueños* menciona:

As might be expected, a good number of the grotesque situations involving explicit violence are scenes which depict the meting out of physical punishment by devils whose tongues are as sharp as their prods and pitchforks. Within the “official” versions of Hell these scenes of punishment are represented in a totally frightening and unmitigatedly humorless fashion. But Quevedo’s devils [...] belong precisely to the more playful, popular tradition, and while their

punishment can be as cruel as that of the Church's devils, there is always the comic dimension which moves such scenes into the domain of the grotesque. The comicity often derives from contextual matters (such as the wit of the devils), but it still brings about the problematic dialectic responsible for the grotesque⁵¹.

Un caso concreto es la escena del infierno en la cual el diablo cojo y corcovado trae sastres al infierno para alimentar con sus cuerpos el fuego infernal:

- ¿Ciento y sastres? No pueden ser tan pocos. La menor partida que habemos recibido ha sido de mil y ochocientos. La verdad que estamos por no recibirles.

Afligiéronse ellos, mas al fin entraron. Ved cuáles son los sastres, que es para ellos amenaza el no dejarlos entrar en el infierno. Entró el primero un negro, chiquito, rubio de mal pelo; dio un salto en viéndose allá y dijo:

- Ahora acá estamos todos.

Salió de un lugar donde estaba aposentado un diablo de marca mayor, corcovado y cojo, y arrojándolos en una hondura muy grande dijo:

- Allá va leña.

Por curiosidad me llegué a él y le pregunté de que estaba corcovado y cojo, y me dijo (que era diablo de pocas palabras):

- Yo era recuero de sastres; iba por ellos al mundo; de traerlos a cuestras me hice corcovado y cojo. He dado en la cuenta y hallo que se vienen ellos mucho mas a prisa que yo los puedo traer.

En esto hizo otro vomito de sastres el mundo, y hube de entrarme porque no había dónde estar ya allí, y el monstruo infernal a traspalar y diz que es la mejor leña que se quema en el infierno sastres. (*El infierno*, pp. 183-184)

La dimensión cómica empieza con la escena de los sastres pecadores decepcionados por serles prohibida la entrada en el infierno. El diablo cojo y corcovado también provoca risa. Su deformación física jocosa atenúa el sentimiento de temor que sentimos hacia él. Aunque la idea de que el fuego infernal se encienda con cuerpos humanos es horripilante, apreciamos el ingenio de la metonimia *sastres – leña para el infierno*. Además, la expresión “vómito de sastres” despierta reacciones contradictorias. Por una parte, nos damos cuenta del estilo figurativo empleado en esta ocasión; por otra parte, no podemos desligarnos de los aspectos visuales u olfatorios relacionados con la palabra “vómito”.

⁵¹ Iffland, 1978, pp. 26-27

En *Los sueños* de Quevedo la prosperidad del mundo infernal se contrapone con la decadencia mundana, la putrefacción moral y la descomposición física del hombre. Tanto la comparación como la paradoja del mundo infernal y del humano consisten en que muchas veces los hechos y pensamientos del hombre se confunden con los del demonio. Aun más, para aprender el oficio de la verdadera diablura el pobre diablo tiene que convertirse en un estudiante del hombre. Ahora la tentación y la destrucción humana no son atribuidas a la función del diablo, ya que el vicio y la maldad son parte integral de la naturaleza humana. El contexto narrativo de *Los sueños* de Quevedo es un campo de lucha constante entre el hombre y el diablo por el dominio infernal. A diferencia de lo que ocurre en la doctrina cristiana, el diablo no es vencido por la virtud ni el poder espiritual del hombre, sino por la mayor maldad y astucia de este. El antropomorfismo atribuido al demonio no solo le despoja del aura de terror que tiene en la Edad Media pero también crea una auténtica contrafigura del mismo. Resulta desproporcionado, por lo tanto, que la competición entre el hombre y el diablo siempre termine con la superior maldad del primero.

Endiablada cosa es el dinero (*El sueño de la muerte*)

Como ya he notado en la introducción del estudio el siglo XVII se caracteriza por la crisis general que afecta la sociedad europea: empobrecimiento, hambre y miseria causados por conflictos políticos, sociales y religiosos. Es la época de la expulsión de los moriscos de España y de las guerras de separación de Portugal y Cataluña, el movimiento de la Fronda en Francia, de la crisis de la monarquía en Inglaterra y de la Guerra de Treinta años en Europa Central. José Antonio Maravall señala que los acontecimientos del siglo XVII provocaron una profunda caída moral del hombre barroco que afectó su conducta moral y social⁵². Además, en Castilla se introduce el régimen del bimetalismo; la coexistencia de las monedas de plata y de cobre (vellón), una medida monetaria que empeoró aun más la situación económica gracias a las operaciones especulativas vinculadas con la devaluación de la moneda de cobre. España se encuentra ante dos problemas diferentes: la realidad cambiante y el mundo ideal, el cual propone criterios de conducta que son incompatibles con la realidad. Por eso se nota en Quevedo, admirador de la doctrina estoica, una tensión entre los principios éticos inspirados en la religión cristiana y los hechos prácticos derivados de los acontecimientos político-sociales del tiempo. En *Alabanzas de la moneda* el autor satiriza la situación de su tiempo:

El dinero para hermoso tiene blanco y amarillo, para galán tiene claridad y refulgencia, para enamorado tiene saetas como el dios Cupido, para avasallar las gentes tiene yugo y conyundas, para defensor tiene castillos; para noble, león; para fuerte, columnas; para grave, coronas; y al fin para honra y provecho lo tiene todo.

El dinero tiene tres nombres: el uno por fuerte, el otro por útil, el otro por perfecto. Por fuerte se llama moneda, que quiere decir munición y fortaleza; por útil se llama pecunia, que quiere decir pegujal o granjería gananciosa; por perfecto se llama dinero, tomando su apellido del número deceno que es el más perfecto.⁵³

⁵² Maravall, 1984, p. 225

⁵³ Francisco de Quevedo y Villegas, *Alabanzas de la moneda*, p. 483. Algunos autores consideran esta obra de atribución dudosa.

Quevedo entiende muy bien la fuerza del dinero, pero también ve la pobreza como un camino hacia una buena muerte. Según el autor, el dinero aunque ayuda a conseguir cosas materiales, no tiene nada envidiable, siendo más bien una carga para el hombre.

Pues amarga la verdad,
quiero echarla de la boca;
y si el alma su hiel toca,
esconderla es necesidad.
Sépase, pues libertad
ha engendrado en mi pereza

La pobreza.

¿Quién hace al tuerto galán
y prudente al sin consejo?
¿Quién al avariento viejo
le sirve de río Jordán?
¿Quién hace de piedras pan,
sin ser el Dios verdadero?

El dinero.

¿Quién con su fiereza espanta
el cetro y corona al rey?
¿Quién careciendo de ley,
merece el nombre de santa?
¿Quién con su humildad levanta
a los cielos la cabeza?

La pobreza.

¿Quién los jueces con pasión,
sin ser unguento, hace humanos
pues huntándolos las manos,
los ablanda el corazón?
¿Quién gasta su opilación
con oro y no con acero?

*El dinero.*⁵⁴

El paralelismo entre “la pobreza” y “el dinero” desarrollan ideas opuestas. Mientras el segundo hace confortable la vida carnal del hombre, la primera lo prepara espiritualmente para la vida del más allá. En este sentido es muy significativa la respuesta del diablo en cuanto a los pobres en el infierno.

⁵⁴ Francisco de Quevedo, *Antología poética comentada*, p.180

- ¿Qué es pobres? - replicó [el diablo]
- El hombre – dije yo – que no tiene nada de cuanto tiene el mundo.
- ¡Hablara yo para mañana! dijo el diablo -. Si lo que condena a los hombres es lo que tienen del mundo, y esos no tienen nada, ¿cómo se condenan? Por acá los libros nos tienen en blanco⁵⁵.

Así, el pobre está más tranquilo en su humildad que el rico en su magnífico palacio. El dinero, contemplado a través de los anteojos del desengaño es una calamidad para el hombre, le quita la tranquilidad del alma, le empuja hacia el vicio y el pecado haciéndole esclavo de su poder. Sin embargo, mirado con las gafas del mundo, el dinero es un personaje influyente y encantador con características atractivas para las jóvenes.

Madre yo al oro me humillo:
 él es mi amante y mi amado,
 pues de puro enamorado,
 de continuo anda amarillo;
 que pues, doblón o sencillo,
 hace todo cuanto quiero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Nace en las Indias honrado,
 donde el mundo le acompaña;
 viene a morir en España
 y en Génova enterrado.
 Y pues quien le trae al lado
 es hermoso, aunque sea fiero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Es galán y es como un oro,
 tiene quebrado el color;
 persona de gran valor;
 tan cristiano como el moro;
 pues que da y quita el decoro
 y quebranta cualquier fuero,
poderoso caballero
*es don Dinero.*⁵⁶

⁵⁵ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, p. 167

⁵⁶ Francisco de Quevedo, *Antología poética comentada*, pp.181-182.

Lo que suena a alabanza en los labios de la joven es censura en los de Quevedo. La disimulación del autor y la repetición de los últimos dos versos de cada estrofa sirve de énfasis para su mensaje.

El tema de la joven instruida por la vieja acerca de gozar y utilizar su juventud para ganancias financieras es uno de los cuadros de la *Hora de todos*. La vieja, en un cínico discurso, aconseja a las mozas que amen a los viejos ricos y rechacen a los jóvenes sin dinero.

Niñas, la codicia quita el asco; cerrad los ojos y tapad las narices, como quien toma purga: beber lo amargo por lo provecho es medicina. Haced cuenta que quemáis franjas viejas para sacarlas el oro, o que chupáis huesos para sacar la médula. Yo tengo para cada una de vosotras media docena de carroñes, amantes pasas arrugados, que gargajejan mejicanos.⁵⁷

Quevedo añora los tiempos de la Edad Media en la cual “los buenos hombres de Castilla, de quinientos y de cuatrocientos años de esta parte, ¡qué santidad y qué virtud y qué verdad veremos, que no imitamos ni heredemos, contentándonos con lo menos, que es el nombre!”⁵⁸

La falta de las virtudes, moralidad y la ruptura con el pasado orgulloso de los nobles son debidas, en gran parte, al poder del dinero. Aunque se puede poner en duda que la fuerza del dinero experimentara algunos cambios radicales desde la Edad Media en cuanto a sus propósitos⁵⁹, es indiscutible el hecho de que en el Barroco cambiaron los medios, los métodos y los impulsos para conseguirlo. Quevedo lamenta los cambios que se han producido en la sociedad de su tiempo: la honra y la virtud fueron reemplazadas por la codicia, el vicio, la avaricia, la gula, el juego, la vanidad y el lujo.

Prolijo fuera y vanaglorioso en querer contar por menudo todas las cosas que nos sucedieron a los españoles gloriosamente en los días que han pasado, sin callar que ha habido hijo suyo que llora estos tiempos y el verla viuda en parte del antiguo vigor, y osa decir que la confianza de haberle tenido introduce descuido de conservarle.

⁵⁷ Francisco de Quevedo, *La hora de todos y la Fortuna con seso*, p. 208

⁵⁸ Francisco de Quevedo *España defendida*, p. 82

⁵⁹ Véase “Ejemplo de las propiedades que tiene el dinero” en Juan Ruiz *Libro de buen amor*.

Han empezado a contentarse los hombres de España con haber heredado de sus padres virtud, sin procurar tenerla para que se la hereden sus hijos. Alcanzan a todas partes las fuerzas del dinero, o, por lo menos, se atreven, bien que el oro nació con tal imperio en la codicia de los hombres; pobres conquistamos riquezas ajenas; ricos las mismas riquezas nos conquistan. ¿A qué vicio no ha abierto la puerta con llave de oro la avaricia? Muchos en este tiempo entierra la gula. ¡Qué cosa más fea y más contra la naturaleza, guisar muerte para sí del sustento natural! Otros, del juego, que fue a moderados ánimos entretenimiento hicieron oficio. Viose alimenta[r] la fortuna en ellos de ciudades y estados. Y si aún es perdición jugar lo que sobra, ¿qué será jugar lo necesario? Grandezas hay que son dadivas del naipe y dado. Y así, en España heredan hoy los más sus desordenes y sus vicios antes que sus hijos, mujeres ni hermanos.⁶⁰

Aunque la colonización de América ha permitido la expansión de la fe católica, también fue la fuente de la corrupción entre los españoles. El autor nota que una familia plebeya con dinero se puede elevar a las alturas de los nobles, mientras la familia de nombre empobrecida deja las virtudes para amontonar dinero y vivir una vida de lujo; por lo tanto a unos y a otros iguala el dinero, de la manera que es difícil de distinguir entre un plebeyo y un noble. En este contexto Victoriano Roncero López menciona:

La nobleza de sangre heredada de heroicos antepasados, se veía corrompida por esa generación que ya no se dedica a la guerra ni a los otros ejercicios propios de su estamento, sino que pasa el tiempo en vanos divertimientos cortesanos. Por otra parte, para un defensor a ultranza de la sociedad estamental era incomprensible que la acumulación de oro, propio de un nuevo grupo social como era la burguesía pudiera conceder un estatus social no conseguido a través de los canales tradicionales⁶¹

El conservador Quevedo trata de advertir a sus contemporáneos del peligro que amenaza la estabilidad estamental la existencia de los individuos plebeyos que quieren ascender en la escala social sin tener los requisitos necesarios. Su protagonista, el buscón Pablos, descendiente de padre ladrón y madre bruja y prostituta está condenado al fracaso desde el principio en su logro de ascender a caballero. Sin embargo, Quevedo le otorga posibilidades y después castiga severamente cada intento del pícaro de ascenso social. Sus armas son las burlas y las

⁶⁰ Francisco de Quevedo, *España defendida*, pp.83-84

⁶¹ Roncero López, 2000, p.33

humillaciones constantes. Las humillaciones, muchas veces derivadas de bromas escatológicas, siempre son públicas. La escena del rey de gallos es uno de los ejemplos:

Iban tras de mí los demás niños todos aderezados. Pasamos por la plaza (aun de acordarme tengo miedo), y llegando cerca de las mesas de las verduras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo a una, y ni fue visto ni oído cuando lo despacho a las tripas, a las cuales, como iba rodando por el gaznate, no llegó en mucho tiempo. La bercera (que siempre son dervergonzadas) empezó a dar voces; llegaron otras y, con ellas, pícaros, y alzando zanorias, garrafales, nabos frisones, tronchos y otras legumbres, empiezan a dar tras el pobre rey. Yo viendo que era batalla nabal, y que no se había de ser a caballo, comencé a apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que yendo a empinarse, cayó conmigo en una (hablando con perdón) privada. Púseme cual vuestra merced puede imaginar. Ya mis muchachos se habían armado de piedras y daban tras las revendederas, y descalabraron dos.⁶²

De la manera que avanza la novela, las burlas devienen más crueles. En la Universidad de Alcalá ocurre una escena que pone en evidencia no solo la descendencia social del pícaro pero también su falta de recursos económicos. Mientras que Diego Coronel paga y se libra de la burla de los compañeros, Pablos tiene que enfrentarse a los escupitajos de los estudiantes. Como en el caso precedente, la burla tiene elementos escatológicos y ocurre en un espacio público, pero ya no se trata de un accidente, sino de un hecho calculado y planeado.

Que yo, según me trataban creí dellos que lo harían. Destapéme por ver lo que era, y, al mismo tiempo, el que daba las voces me enclavó un gargajo en los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias. Levantó la infernal gente una grita que me aturdieron. Y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticos, aguardan nuevos para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones, pero no había donde sin llevarse en las manos la mitad del afeite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados.⁶³

La siguiente burla que crea Quevedo para burlarse del bajo origen social de su protagonista sucede en la noche en la habitación oscura cuando Pablos está debajo de su cama tratando de evitar unos latigazos que le iban a dar sus compañeros.

⁶² Francisco de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, pp.99-100

⁶³ Francisco de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, p. 124

Entre tanto, aquel maldito que estaba junto a mí se pasó a mi cama y proveyó en ella, y cubrióla, volviéndose a la suya. [...]

Acostéme y cubríme y torné a dormir; y como entre sueño, me revolcase, cuando desperté, halléme proveído y hecho una necesaria. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme. No había diablos que me moviesen de un lado. Estaba confuso, considerando si acaso, con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza i si entre sueños. [...]

Don Diego me tomo el dedo del corazón y al fin entre los cinco me levantaron. Y al alzar las sabanas, fue tanta risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento.⁶⁴

En el ejemplo de arriba Quevedo adapta la escena creada por Mateo Alemán en *Guzmán de Alfarache*, pero la modifica para alcanzar sus propósitos⁶⁵. A diferencia de Guzmán, Pablo sufre una violencia doble: física y moral. Además, si Guzmán se embarra en sus propios excrementos, el personaje quevedesco está en una situación más repugnante: los excrementos pertenecen a uno de sus compañeros. Para colmo de la humillación, la burla trasciende del ámbito privado al público, es decir lo ocurrido en la noche se descubre en el días por los demás. La abyección derivada de los cuadros escatológicos del *Buscón* y el humorismo de las situaciones tienen resonancias grotescas ya encontradas en *Los sueños*.

El humor y la risa, pues, le sirven a Quevedo para reírse de todos aquellos que pretenden ascender socialmente, para recordarles que son seres inferiores, que están manchados y que, por tanto tienen que contentarse con permanecer en el lugar que la sociedad les ha concebido. La tradición clásica griega le enseñó que la risa podía ser utilizada como un arma arrojadiza y Quevedo decidió crear su “fantoche de hilos” Pablos, como personificación de ese grupo inferior, al que se debía ridiculizar, humillar para evitar la ruptura del sistema estamental que empezaba a hacer agua en la España de principios del siglo XVII.⁶⁶

El desastre social del Barroco ha llevado en España un grave deterioro en el cual es difícil de distinguir entre un caballero y su criado. En *El mundo por de dentro* hay una semejanza entre el rico noble y su bufón.

⁶⁴ Francisco de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, pp. 126-128

⁶⁵ Véase Roncero López, 2006

⁶⁶ Roncero López, 2006, p. 285

¿Ves aquel bufón? Pues has de advertir que tiene por su bufón al que le sustenta y le da lo que tiene. ¿Qué más miseria quieres de estos ricos, que todo el año andan comprando mentiras y adulaciones y gastan sus haciendas en falsos testimonios? Va aquel tan contento porque el truhán le ha dicho que no hay tal príncipe como él y que todos los demás son unos escuderos, como si ello fuera así, y diferencian muy poco, porque el uno es juglar de otro: desta suerte el rico se ríe con el bufón y el bufón se ríe del rico porque hace caso de lo que lisonjea.⁶⁷

Más adelante, en *El sueño del infierno* la idea de Quevedo se extiende: “que bien mirado, en el mundo todos sois bufones, pues los unos os andáis riendo de los otros y en todos, como digo, es naturaleza y en unos pocos oficios.”⁶⁸

La situación es grave no sólo para la nobleza de sangre española, sino también para la economía del país, porque “nos dejan los extranjeros el Reino lleno de sartas y invenciones y cambray y hilo y dijes, y se llevan todo el dinero, que es el nervio y la sustancia del reino”⁶⁹. El dinero que todo lo compra ha traído la afición al consumo de perfumes, vestidos y lujos innecesarios.

Las mujeres inventaron excesivo gasto a su adorno, y así la hacienda de la república sirve a su vanidad. Y su hermosura es tan costosa y de tanto daño a España, que sus galos nos han puesto necesidad de naciones extranjeras para comprar, a precio de oro y plata, galas y bujerías, a quien sola su locura y devaneo pone precio.⁷⁰

Además, los hombres se han afeminado porque imitan a las mujeres en su forma de vestir y

[...] hacen dudoso el sexo, lo cual ha dado ocasión a nuevas premáticas, por haber introducido vicios desconocidos de naturaleza. Hace profanado de suerte la religiosa vergüenza de las matronas, que disimulan con el nombre de cortesía la desenvoltura; hacen gala del adulterio, y algunos hombres tienen por oficio el ser maridos; y es en algunos renta la disimulación y hacienda grande la ausencia.⁷¹

Quevedo tiene un verdadero interés por el tema de los maridos cornudos o pacientes muy a menudo tratado en la literatura satírico-burlesca del tiempo. Diego Moreno, figuración popular

⁶⁷ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, p. 299

⁶⁸ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, p. 193

⁶⁹ Francisco de Quevedo, *España defendida*, p. 85

⁷⁰ Francisco de Quevedo, *España defendida*, p. 84

⁷¹ Francisco de Quevedo, *España defendida*, p. 85

de los maridos complacientes, habla en *El sueño de la muerte* de su tolerancia con los galanes ricos y pobres de su esposa.

Yo fui marido de tomo y lomo, porque tomaba y engordaba; siete durmientes era con los ricos y grulla con los pobres; poco malicioso, lo que podía echar a la bolsa no le echaba a mala parte. [...] Lo otro, yo dicen que no dice ni malo ni bueno; y es tan al revés, que en viendo entrar en mi casa poetas decía “¡malo!”, y en viendo salir genoveses decía “¡bueno!”; si topaba en mi escalera valientes decía “¡remalo!”; si encontraba obligados y tratantes decía “¡rebueno!”⁷²

El tema del marido “calzador” está estrechamente ligado al tema de la mujer “que se casa para morir virgen de su marido”. Así, en *El sueño del infierno*, “iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros”⁷³. La alteración del orden divino, según el cual tanto la pobreza como la riqueza son asignadas por Dios, ha causado desacuerdo entre los hombres. “Todos íbamos diciendo mal unos de otros, los ricos tras la riqueza, los pobres pidiendo a los ricos lo que Dios les quitó” Sin embargo, la diferencia entre las dos es que “la riqueza se puede dejar cuando se quiere; la pobreza no. Aquélla pocas veces se quiere dejar; esta siempre”⁷⁴. En adelante declara Quevedo que para alcanzar y mantener la prosperidad del país hay que reforzar

que el rico no estorbe al pobre que pueda ser rico, ni el pobre se enriquezca con el robo del poderoso. Que el noble no desprecie al plebeyo, ni el plebeyo aborrezca al noble; y que todo el gobierno se ocupe en animar que todos los pobres sean ricos y honrados muy virtuosos, y en estorbar que suceda lo contrario⁷⁵.

El programa de Quevedo opta por un enriquecimiento gracias trabajos honestos condenando los oficios que sirven para engañar y ostentar a la gente. Su sátira contra los pasteleros, sastres, taberneros, mercaderes, médicos y boticarios que explotan a su prójimo solo con el fin de enriquecerse a todo costo es abundante, jocosa y aguda. En *El sueño del juicio final* Quevedo nos

⁷² Francisco de Quevedo, *Los sueños*, pp. 402-403

⁷³ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, p. 181

⁷⁴ Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, p. 248

⁷⁵ Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, p. 358

presenta la escena de “una legión de espíritus malos” que pegan con “azotes, palos y otros instrumentos, como traían a la audiencia una muchedumbre de taberneros, sastres, librerros y zapateros”

Iba sudando un tabernero de congoja tanto que, cansado, se dejaba caer a cada paso, y a mí me pareció que le dijo un demonio:

-Harto es que sudéis el agua: no nos la vendáis por vino.

Uno de los sastres, pequeño de cuerpo, redondo de cara, malas barbas y peores hechos, no hacia sino decir:

-¿Qué pude hurtar yo, si andaba siempre muriéndome de hambre?

Y los otros le decían, viendo que negaba haber sido ladrón, qué cosa era despreciarse de su oficio. Toparon con unos salteadores y capeadores públicos que andaban huyendo unos de otros, y luego los diablos cerraron con ellos diciendo que los salteadores bien podían entrar en el número, porque eran sastres silvestres y monteses, como gatos del campo⁷⁶.

En *El sueño del infierno* los pasteleros se condenan por el pecado de la carne “sin conocer mujer”, mientras uno de los diablos se burla de ellos diciendo:

-¡Ladrones! ¿Quién merece el infierno mejor que vosotros, pues habéis hecho comer a los hombres caspa y os han servido de pañizuelos los de a real sonándoos en ellos, donde muchas veces pasó por caña el tuétano de las narices? ¿Qué de estómagos pudieron ladrar si resucitaran los perros que les hicistes comer! ¿Cuántas veces pasó por pasa la mosca golosa, y muchas fue el mayor bocado de carne que comió el dueño del pastel! ¿Qué de dientes habéis hecho jinetes y de estómagos habéis traído a caballo dándoles a comer rocines enteros! ¿Y os quejáis, siendo gente antes condenada que nacida los que hacéis así vuestro oficio? ¿Pues que pudiera decir de vuestros caldos? Mas no soy amigo de revolver caldos. Padeced y callad enhoramala, que mas hacemos nosotros en atormentaros que vosotros en sufrirlo⁷⁷.

En el mismo sueño Quevedo desarrolla la idea de que los boticarios son verdaderos alquimistas, pues los últimos no lograron hacer el oro que pretendían y los primeros lo hacen de cualquier cosa.

...estos tales boticarios, de el agua turbia, que no clara hacen oro, y de los palos; ora hacen de las moscas, del estiércol; oro hacen de las arañas, de los alacranes y sapos, y oro hacen del papel, pues venden hasta el papel en que dan el unguento. Así, que solo para estos puso Dios virtud en las hierbas y piedras y palabras, pues

⁷⁶ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, pp. 101-103

⁷⁷ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, pp.194-195

no hay hierba, por dañosa que sea y mala, que no les valga dineros, hasta la ortiga y cicuta, ni hay piedra que no les de ganancia, hasta el guijarro, sirviendo de moleta. En las palabras también, pues jamás a estos les falta cosa que les pidan, aunque no la tengan, como vean dinero, pues dan por aceite de Matiolo aceite de ballena, y no compra sino las palabras el que compra⁷⁸.

Al ver que los oficios relacionados con la salud humana están gobernados también por la fuerza del dinero, Quevedo propone un juego inverso para solucionar el dilema entre la relación del dinero con la enfermedad.

Llama a tu médico cuando estás bueno, y dale dinero porque no estás malo; y si tú le das dinero cuando estas malo, ¿cómo quieres que te de una salud que no le vale nada, y te quite un tabardillo que le da de comer?⁷⁹

Otra relación peligrosa existe entre el dinero y la justicia. Los oficios relacionados con esa esfera también se juegan con la vida humana para ganar dinero. Si antes la justicia “andaba desnuda, ahora anda empapelada como especias”.

No hay cosa en que no os dejen tener razón; solo lo que no dejan tener a las partes es el dinero, que le quiten ellos para sí. Y los pleitos no son sobre lo que deben a uno se lo han de pagar a él, que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas; los pleitos son sobre que el dinero sea de letrados y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿Quieres ver que tan malos son los letrados? Que si no hubiera letrados no hubiera porfías, y si no hubiera porfías no hubiera pleitos, y si no hubiera pleitos no hubiera procuradores, y si no hubiera procuradores no hubiera enredos, y si no hubiera enredos no hubiera delictos, y si no hubiera delictos no hubiera alguaciles, y si no hubiera alguaciles no hubiera cárcel, y si no hubiera cárcel no hubiera jueces, y si no hubiera jueces no hubiera pasión, y si no hubiera pasión no hubiera cohecho: mirad la retahíla de infernales sabandijas que se producen de un licenciadito lo que disimula una barbaza y lo autoriza una gorra⁸⁰.

El párrafo citado expresa el desprecio que Quevedo siente hacia los servidores de la justicia. Una imagen parecida la pinta en *La hora de todos* en el cuadro del *Letrado y litigantes*. En la oficina de un letrado esperaba mucha gente que se le resolviera a cada uno su caso. El letrado “salpicaba de leyes a todos. No se le oía otra cosa que:

⁷⁸ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, pp. 210-211

⁷⁹ Francisco de Quevedo y Villegas, *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, p. 478.

⁸⁰ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, p. 356

- Ya estoy al cabo; bien visto lo tengo; su justicia de v.m. no es duditable; ley hay en propios términos; no es tan claro el día; esto no es pleito, es caso juzgado; todo el derecho habla en nuestro favor; no tiene muchos lances; buenos jueces tenemos; no alega el contrario cosa de provecho; lo actuado está lleno de nulidades; es fuerza que se revoque la sentencia dada; déjese v.m. gobernar⁸¹.

Todos los funcionarios que intervienen en la tramitación de los asuntos son gobernados por el interés económico de su trabajo más que por el sentido de la justicia.

la nota de petición pedía dinero; el platicante la platanza de escribirla; el procurador, la de presentarla, el escribano de la cámara, la de su oficio; el relator, la de su relación⁸².

Cuando suena la hora, los litigantes declaran a coro que prefieren entenderse con la parte contraria que dejarse arruinar por el letrado y sus compañeros de oficio.

- Señor licenciado, en los pleitos lo más barato es la parte contraria, porque ella pide lo que pretende que le den, y lo pide a su costa, y v.m. por la defensa, pide y cobra a la nuestra; el procurador lo que le dan, el escribano y el relator, lo que le pagan. El contrario aguarda la sentencia de vista y revista, y v.m. y sus secuaces sentencia para sí sin apelación. En el pleito puede ser que nos condenen, y nos absuelvan; y en seguirle no podemos dejar de ser condenados cinco veces al día; al cabo nosotros podemos tener justicia mas no dinero. [...]

Senor mio, el mejor jurisconsulto es la concordia, que nos da lo que v.m. nos quita. Todos corriendo nos vamos a concertar con nuestros contrarios; a v.m. le vacan las rentas y los tributos que tiene situados sobre nuestra terquedad y porfía, y cuando por la conveniencia perdamos cuanto pretendemos, ganamos cuanto v.m. pierde⁸³.

Otro ejemplo de la corrupción de la justicia lo encontramos en la escena de la cárcel en *El Buscón*. Pablos y sus compañeros son detenidos y encerrados en la cárcel. Pablos se salva por un tiempo gracias al doblón de a dos y pasa la noche en la sala común. Cuando se produce un terrible alboroto entre los presos, el carcelero, con la esperanza de ganar otro doblón de parte de Pablos, ordena encarcelarlo de nuevo y Pablos se ve obligado a sacrificar el bolsillo otra vez. El protagonista cuenta lo sucedido:

⁸¹ Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, p. 214

⁸² Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, p.216

⁸³ Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, pp. 216-217

Torne a repararle las manos al carcelero con tres de a ocho y sabiendo quien era el escribano de la causa, inviéle a llamar con un picarillo. Vino, metíle en un aposento, y empecéle a decir, después de haber tratado de la causa, cómo yo tenía no sé que dinero. Supliquéle que me lo guardase, y que, en lo hubiese lugar, favoreciese la causa de un hijodalgo desgraciado que, por engaño, había encubierto en tal delito.

- Crea vuestra merced – dijo, después de haber pescado la mosca -, que en nosotros esta todo el juego, y que si uno no da en no ser hambre de bien, puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde, por mi gusto, que hay letras en el proceso. Fíese de mí y crea que le sacaré a paz y a salvo.

Fuese con esto y volvióse desde la puerta a pedirme algo para el buen Diego García, el alguacil, que importaba acallarle con mordaza de palta, y apuntóme no sé qué del relator, para ayuda de comerse cláusula entera. Dijo:

- Un relator, señor, con arcas las cejas, levantar la voz, dar un apatada para hacer atender al alcalde divertido, hacer una acción, destruye a un cristiano.

Dime por entendido y añadí otros cincuenta reales; y en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro que tenía de la frialdad del calabozo; y últimamente me dijo, mirándome con grillos:

- Ahorre de pesadumbre, que, con ocho reales que dé al alcalde, le aliviará; que ésta es gente que no hace virtud si no es por interés.

Cayóme en gracia la advertencia. Al fin él se fue. Yo di al carcelero un escudo; quitóme los grillos⁸⁴.

De esta manera, aunque sus compañeros se condenan a seis años de destierro y azotes, Pablos sale libre del lío. Para evitar las situaciones semejantes en cuanto al trato con la justicia Quevedo propone la siguiente solución:

No pagues al abogado, ni al procurador, ni a los oficiales; que eso es lo que se pierde siempre sin remedio, y en eso vas condenado cada día y cada hora. Y si pagando a los susodichos tienes sentencia en tu favor, tienes dinero en contra; y si tienes sentencia en contra, también. Y advierte que antes que se contesten las demandas, son los pleitos sobre si mi dinero es mío o del otro; y en empezándose, es sobre que no sea del otro ni mío, sino de los que nos ayuda á entrambos⁸⁵.

El dinero, como vemos, presume ser todas las cosas y dar al hombre dignidad, señoría, mercedes, comida y honras y todos los afanes de la vida terrestre.

La Moneda es la Circe de todo lo que se llega o de ella se enamora lo muda en varias formas: nosotros somos el *vervi gratia*. El Dinero es una deidad de rebozo, que en ninguna parte tiene altar público; y en todas tiene adoración secreta; no tiene templo particular, porque se introduce en los templos. Es la Riqueza una

⁸⁴ Francisco de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, pp. 221-222

⁸⁵ Francisco de Quevedo y Villegas, *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, p. 478.

secta universal en que convienen los más espíritus del mundo, y la Codicia un heresiarca bienquisto de todos los discursos políticos, y el conciliador de todas las diferencias de opiniones y humores⁸⁶.

Pero en cuanto al alma humana el dinero es diablo tentador.

- Ese es – dijo la Muerte – el Dinero, Que tiene puesto pleito a los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos, y que a donde él está no son menester, porque él solo es todos los tres enemigos. Y fúndase para decir que el dinero es el Diablo en que todos decís “diablo es el dinero”, y que “lo que no hiciera el dinero no lo hará el diablo”, “endiablada cosa es el dinero”. Para ser el Mundo dice que vosotros decís que “no hay más mundo que el dinero”, al que le quitan el dinero decís que le echen del mundo, y que “todo se da por el dinero”. Para decir que es la Carne el dinero, dice el Dinero: “Dígalo la carne”, y remítese a las putas y mujeres malas, que es lo mismo que interesadas⁸⁷.

La identificación del dinero con los tres enemigos del alma sugiere su carácter pecaminoso. Luis Pacheco de Narváez condena esa identificación de Quevedo cuando comenta el pasaje de arriba con estas palabras:

[...] quiere que le mayor enemigo del alma sea el dinero, proposición contra los primeros rudimentos que nos enseña la doctrina cristiana, avisándonos que son el Diablo, el Mundo y la Carne; y fundando una competencia entre ellos y el dinero el dinero sobre quién ha de tener la primacía, remite la solución de las putas. Bien se conoce por el deleite de decir la última palabra hizo esta remisión; que en lo demás, si les pidieran el voto a las que él dice, claro está que dijeran que el dinero sea su mayor amigo⁸⁸.

Otro contemporáneo de Quevedo, Carlos García, al analizar la raíz de la nobleza humana identifica el dinero como la razón por la cual se mueve el mundo. En el pasaje que sigue el autor razona acerca de la influencia que tiene el dinero sobre la vida cotidiana humana en todas las escalas sociales. El poder que ejercita el dinero sobre la existencia humana ha sustituido en este mundo el poder divino.

¿Quién mueve el soldado andar en el invierno con el agua hasta las rodillas, cargado de hierro, muerto de hambre y sed, roto y despedazado, con la muerte en los dientes cada día, sino el dinero? ¿Quién hace que el labrador rompa sus brazos

⁸⁶ Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, p. 342

⁸⁷ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, p. 331

⁸⁸ Pacheco de Narváez, p. 108

y todo su cuerpo, abriendo la tierra con la pena que vemos, sino el dinero? ¿Quién hace que el oficial mecánico pase las noches en el invierno de claro en claro trabajando, sino el dinero? ¿Quién hace al mercader arriscar su vida en dos dedos de tablas por ese mar, con tantas tormentas y borrascas, sino el dinero? ¿Quién mueve al jurista quemarse las cejas estudiando al Bartolo y Baldo, y al teólogo las partes de S. Tomas, sino el dinero? ¿Quién hace que el médico vaya continuamente por esas calles rastrando gualdrapas, mirando la orina y oliendo mil inmundicias, sino el dinero? ¿Quién mueve al clérigo romperse el gonzate cantando en su iglesia, sino el dinero? En conclusión, el dinero es el blanco al cual el hombre dirige todas sus acciones y diligencias, porque él es la tiara del pontificado, el cetro de los emperadores, la corona de los reyes, el capelo de los cardinales, la mitra del obispo, el sobrepelliz del canónigo, el rosario del fraile, el breviario del clérigo, el r cipe del médico, el mesue del boticario, el Bartolo del jurista, el S. tomas del teólogo, la pluma del escribano, [...]. Y finalmente la vida y la muerte están en mano del dinero, pues él solo es suficiente para condenar a muerte un justo y dar la vida al que está condenado a la muerte⁸⁹

El neoestoico Quevedo es también testigo de su tiempo y entiende perfectamente el carácter contradictorio del dinero; es la fuerza que a la vez crea y destruye la sociedad. Como hemos visto, es el dinero el que manda en la sociedad del siglo XVII transformando los valores morales del honor, del respeto, de la humildad y de la valentía en la codicia, la avaricia, la envidia, y la soberbia de los hombres. También la falta del dinero es la causa de la crisis económica y social de la época. El autor madrileño condena el papel político del dinero que ha llegado a ser el factor esencial de todas las transacciones sociales y morales de su época, sin embargo, inaccesible a un estadista común que ostenta muchos escrúpulos.

⁸⁹ García, 1978, pp. 148-152

Los anticristos de las monedas (*El Buscón*)

En el capítulo anterior me enfoqué no tanto en las causas y las consecuencias como en la actitud de Quevedo hacia la crisis económica vinculada con las transacciones monetarias internas del país. Ahora mi énfasis será el papel de los extranjeros en el debilitamiento económico y moral de los españoles y su representación en la obra de Quevedo. Es bien sabida la actitud del patriota madrileño hacia los extranjeros que no solo introducen en España los vicios sino despojan el país de sus riquezas. En la *España defendida* Quevedo se pregunta: “¿Supieran en España qué ley había para que lascivo ofendía las leyes de la naturaleza, si Italia no se lo hubiera enseñado?, ¿Hubiera el brindis repetido aumentado el gasto a las mesas castellanas, si los tudescos no lo hubieran traído?”⁹⁰ Además, en la época de inflación y graves apuros económicos en España son los extranjeros que manipulan las finanzas públicas del país sacando el dinero y empeorando la miseria de la república. Y los peores de todos son los genoveses.

La imagen del genovés, banquero, financiero y manipulador aparece ya en el siglo XVI en las obras de Cristóbal de Castillejo y Mateo Alemán⁹¹. La fama de ladrón y la falta de conciencia de los genoveses solo se intensifican con el paso del tiempo. En *El sueño de la muerte* a la pregunta del marqués de Villena acerca de la condición del dinero en España Quevedo responde:

- No han descaecido las flotas de las Indias, aunque Génova ha echado unas sanguijuelas desde España al Cerro de Potosí, con que se van restañando las venas, y a chupones se empezaron a secar las minas⁹².

Al oírlo el marqués de Villena contesta muy alarmado:

- ¿Genoveses andan a la sacapela con el dinero? [...] Vuélveme jígote. Hijo mío, los genoveses son lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con

⁹⁰ Francisco de Quevedo, *España defendida*, p. 6

⁹¹ Véase Alarcos García, p. 70

⁹² Francisco de Quevedo, *Los sueños*, p. 348

gatos; y véese que son lamparones porque solo el dinero que va a Francia no admite genoveses en su comercio. ¿Salir tenía, andando esos usagres de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en redoma, sino hechos polvos en salvadera quiero estar antes que verlos hechos dueños de todo⁹³.

El autor le consuela diciendo que aunque los genoveses son avaros y codiciosos también caen víctimas de las prostitutas que “los engañan, los enferman, los enamoran, los roban y después los hereda el Consejo de Hacienda”. Además, en *El sueño del juicio final* los genoveses se condenan al infierno por ser el virus diabólico que sigue atacando y debilitando la economía del país.

Llegaros tres o cuatro genoveses ricos pidiendo asientos, y dijo un diablo:
- ¿Piensan ganar ellos? pues esto es lo que les mata. Esta vez han dado mala cuenta y no hay donde se asienten porque han quebrado el banco de su crédito⁹⁴.

En *El alguacil endemoniado* el diablo, portavoz de Quevedo, no solo satiriza las transacciones monetarias de los genoveses, sino que alude también al pecado nefando, la sodomía.

Y habéis de saber que en España los misterios de las cuentas de los ginoveses son dolorosos para los millones que vienen de las Indias y que los cañones de las plumas son de batería contra las bolsas, y no hay renta que si la cogen en medio el Tajo de las plumas y el Jarama de su tinta no la ahoguen. Y en fin, han hecho entre nosotros sospechoso este nombre de asientos, que como significan otra cosa que me corro de nombrarla, no sabemos cuándo hablan o cuándo a lo deshonesto⁹⁵.

Hay referencia a la homosexualidad de los italianos también en la poesía satírico- burlesca de Quevedo. En los sonetos que siguen al autor se refiere a la fama de afeminamiento de los italianos.

Mira que por Italia huele a fuego
dejar una mujer quien es marido:
no seas padrastro a Dios, padre Eneas⁹⁶.

y en otro:

⁹³ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, pp. 348-349

⁹⁴ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, pp. 125-126

⁹⁵ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, pp. 160-161

⁹⁶ Arellano, 2003, p. 475

culo aun de florentines desechado
toda tabas y tetas y ternillas:
ésta es la Isdaura que a Lisardo ha muerto⁹⁷.

Para analizar la actitud de Quevedo acerca de los genoveses me parece oportuno citar un fragmento de *El Buscón*. Se trata del pasaje en el cual Pablos viaja a Segovia para ver a su tío y en el camino él y sus compañeros de viajes se encuentran con un genovés.

Topamos con un ginovés, digo con uno destros anticristos de las monedas de España, que subía el puerto con un paje detrás, y él con su guardasol, muy a lo dineroso. Trabamos conversación con él; todo lo llevaba a materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó a nombrar a Visanzón, y si era bien dar dineros o no a Visanzón, tanto que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero. A lo cual respondió, riéndose:

- Es un pueblo de Italia, donde se juntan los hombres de negocio, que aca llamamos fulleros de pluma, a poner los precios por donde se gobierna la moneda.

De lo cual sacamos que en Visanzón se lleva el compas a los músicos de uña. Entretúvonos el camino contando que estaba perdido porque había quebrado un cambio, que le tenía más de sesenta mil escudos. Y todo lo juraba por su conciencia: aunque yo pienso que conciencia en mercader es como en cantonera, que se vende sin haberle. Nadie, casi, tiene conciencia, de todos los deste trato; porque, como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo⁹⁸.

El autor expresa por la boca de Pablos su concepto de los genoveses. En primer lugar los identifica como “anticristos de las monedas de España” que quiere decir hombres diabólicos que persiguen las riquezas de España; en el segundo, los llama “músicos de uña” una expresión de germanía para denominar a los ladrones; y en tercer compara su conciencia con la de las prostitutas, que aunque afirman ser vírgenes, no lo son.

En una letrilla satírica dedicada a la codicia de los extranjeros, y especialmente a los genoveses, Quevedo enfatiza el mensaje de aborrecimiento que le tiene a ésta nación.

Este sí que es trasquilón
y desquilar peperegrino:
venir por el vellocino
y dejarnos el vellón.

⁹⁷ Arellano, 2003, p. 548

⁹⁸ Francisco de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, pp. 170-171

Sólo hallo una invención
para tener los dineros,
que es no tener extranjeros;
pero si va como va.
Ello dirá,
y si no,
lo diré yo.

Más vale para la rueda
que mueve los intereses,
el bajar los genoveses
que no subir la moneda.
No se siente, estése en queda;
que en los asientos que ve
su caudal estará de pie,
y el nuestro se sentirá.
Ello dirá,
y si no,
lo diré yo⁹⁹.

Como vemos, un remedio para la economía nacional que propone Quevedo sería la expulsión del país a los extranjeros, cuyo único objeto es de enriquecerse sacando de España las monedas de oro y plata y dejando la de vellón.

Sin embargo, el rencor que Quevedo tiene al genovés es incomparable con su odio al judío. Por eso cuando la Corte promueve hacia 1626 la llegada de los judíos de origen marrano - portugués para hacer competencia al monopolio genovés y aliviar la crisis financiera del reino, las relaciones de Quevedo con el Conde-Duque de Olivares se empeoran radicalmente¹⁰⁰. *Judíos y Monopantos* uno de los cuadros de *La hora de todos*, es una sátira mascarada contra la política económica del Conde-Duque. El relato imaginativo representa una asamblea de los banqueros judíos de toda Europa y los hombres de estado, gobernados por el príncipe Pragas Chincollos (anagrama de Gaspar Conchillos que es el Duque de Olivares) para conservar y aumentar el dominio sobre otros pueblos. Rabbi Saadías toma la palabra y dice que

⁹⁹ Francisco de Quevedo, *Obras*, 1790, pp. 488-489

¹⁰⁰ Véase el prologo Francisco de Quevedo, *Execración contra los judíos*, 1996

el oro y la plata son los verdaderos hijos de la tierra, que hacen guerra al cielo, no con cien manos solas, sino con tantas como los cavan, los funden, los acuñan, los juntan, los cuentan, los reciben y los hurtan. Son dos demonios subterráneos, empero bienquistos de todos los vivientes; dos metales que cuando tienen más de cuerpo, tienen más de espíritu. No hay condición que les sea desdeñosa, y si alguna ley los condena, los legistas e intérpretes della los absuelven¹⁰¹.

Además, señala el locutor,

siempre fuimos malcontentos de Dios, estimando en más el que hacíamos que al que hizo. Desde el primer principio nos canso su gobierno, y seguimos contra su Ley la interpretación del demonio. Cuando su omnipotencia nos gobernaba, fuimos rebeldes; cuando nos dio gobernadores, inobedientes¹⁰².

Por eso el objetivo de los judíos es de intervenir en las políticas de los estados prestando el dinero a unos para hacerles guerra a otros.

[...] somos la bolsa de Francia contra España, y juntamente de España contra Francia, y en España, con traje que sirve de mascara a la circuncisión, socorremos a aquel Monarca con el caudal que tenemos en Amsterdán en poder de sus propios enemigos, a quienes importan más el mandar que le difiramos las letras que a los Españoles cobrarlas. ¡Extravagante tropelía servir a arruinar con un propio dinero a amigos y enemigos, y hacer que cobre los frutos de su intención el que lo paga del que lo cobra! Lo mismo hacemos con Alemania, Italia y Constantinopla; y todo este enredo ciego y belicoso causamos con haber tejido el socorro de cada uno en el arbitrio de su mayor contrario; porque nosotros socorremos como el que da con interés dineros al que pierde, para que pierda más¹⁰³.

Las palabras que Rabbi utiliza para alardear la raza judía son vocablos de condenación en la boca de Quevedo. En la *Execración contra los judíos*, el autor aconseja al rey:

¡Cuánto mayor causa tiene hoy V. M. para desolar y expelar a los infames y vilisimos judíos y despreciar sus tesoros precitos y sus caudales condenados por manifiesta y publica conspiración, ni presumida, sino ejecutada en el mismo sacramento del altar, pisándole en la imagen de Jesucristo, abrasandola en Su Ley sacristiana, condenándola con carteles públicos¹⁰⁴

En opinión de Quevedo, es mejor tratar con genoveses, que son gente de la misma fe, que acudir a la ayuda financiera de los judíos, renegados de Cristo.

¹⁰¹ Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, p. 340

¹⁰² Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, p. 333

¹⁰³ Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, p. 339

¹⁰⁴ Francisco de Quevedo, *Execración contra los judíos*, p. 25

Todo el tesoro que Génova ha adquirido en los socorros de España ha mudado de lugar, yo lo confieso, más no ha mudado de señor. V. M. lo tiene, en posesiones, rentas y estados, en Nápoles, en Milán, en Sicilia, en Málaga, en Granada, Sevilla y Lisboa y otras ciudades; y de republicas libres ha hecho a casi toda su nobleza vasallos V. M. Empero, lo que chuparen las infames sanguijuelas judías se desaparece y huye y se retrai en el poder de todos Vuestros enemigos; y lo que es detestable, enemigos de nuestra santa fe. Porque los judíos hacen con nosotros lo que Satanás hizo con Cristo, que, viéndole en el desierto fatigado y ayuno, le ofreció su socorro, que son piedras. No es otra la moneda deste pueblo endurecido: el propio metal acuñan que Satanás¹⁰⁵.

Las maniobras financieras de los genoveses y de los judíos portugueses sirven de ejemplo para otras naciones. Quevedo las condena con vehemencia satirizando sus vicios. En *El sueño de la muerte* el locutor de Quevedo, marqués de Villena, reprocha acerca de los extranjeros de esta manera:

Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos a los extranjeros, mas andan diciendo aquí malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo no sabía el vino por donde subía a las cabezas y agora parece que se sube hacia arriba¹⁰⁶.

Parece que el marqués se refiere a los alemanes que en el tiempo tenían fama en España de estar siempre borrachos. Mientras en el sueño el sujeto concreto de este vicio es aludido por la palabra “extranjeros”, en el soneto que sigue Quevedo revela abiertamente la identidad.

Tudescos moscos de los sorbos finos,
caspa de la azumbres más sabrosas,
que porque el fuego tiene mariposas
queréis que el mosto tenga marivinos;
aves luquetes, átomos mezquinos,
motas borrachas, pájaras vinosas,
pelusas de los vinos invidiosas,
abejas de la miel de los tocinos;
liendres de la vendimia, yo os admito
en mi gaznate, pues tenéis por sogá
al nieto de la vid, licor bendito.
Tomá en el trago hacia mi nuez la boga,
que bebiéndoos a todos, me desquito

¹⁰⁵ Francisco de Quevedo, *Execración contra los judíos*, p. 41

¹⁰⁶ Francisco de Quevedo, *Los sueños*, pp. 351

del vino que bebéis y os ahoga¹⁰⁷.

No es difícil de entender la alusión de Quevedo en cuanto a los parásitos del vino y su esperanza de que a los alemanes los pueda matar su propio vicio. Además, en el cuadro de *La Hora de todos* intitulado *Alemanes*, el autor apoya la idea sugerida en el verso. Sin embargo, el mensaje aquí es más amplio acusándolos no solamente de borrachos, sino también de ser herejes, endemoniados, y frívolos en su comportamiento.

Los Alemanes, herejes y protestantes, en quienes son tantas las herejías como los hombres, que se gastan en alimentar la tiranía de los Suecos, las traiciones del Duque de Sajonia, Marqués de Brandenburgh y Lanzgrave de Haseen, hallándose corrompidos del mal francés trataron de curarse una vez; viendo que los sudores de tantos trabajos no habían aprovechado, ni las unciones que con unguente de azoque les dieron en la estufa de Norlinguen, ni las copiosas sangrías, *usque ad animi deliquium*, de tantas rotas, juntaron todos los médicos racionales y espagíricos que hallaron, y, haciéndoles relación de sus achaques, les pidieron remedio eficaz. Algunos fueron de parecer que la medicina era purgarlos de todos los humores franceses que tenían en los huesos. Otros, afirmando que el mal estaba en las cabezas, ordenaron evacuaciones, descargándolas de opiniones crasas con el tetrágono de Hipócrates, tan celebrado de Galeno, a que corresponde el tabaco en humo en la forma. Otros, supersticiosos y dados a las artes secretas, afirmaron que lo que padecían no eran enfermedades naturales, sino demonios que los agitaban, y que, como endemoniados, necesitaban de exorcismo y conjuros. En esta discordia estaban cuando los cogió la HORA, y, alzando la voz un medico de Praga, dijo:

- Los alemanes no tienen en su enfermedad remedio, porque sus dolencias y achaques solamente se curan con la dieta y en tanto que estuvieran abiertas las tabernas de Lutero y Calvino, y ellos tuvieron gatzates y sed, y no se abstuvieron de los bodegones y burdeles de Francia, no tendrán la dieta de que necesitan¹⁰⁸.

Junto a los alemanes están mencionados los franceses, en parte por sus maniobras diplomáticas en Alemania, en parte por los vicios y enfermedades con que contagian a los otros.

Hablando de los franceses es oportuno mencionar que la frivolidad, la capacidad de cualquier villanía y la presunción están atribuidas a ellos. Carlos García, un médico español emigrado a Francia, hace un estudio sobre las diferencias que hay entre los españoles y los

¹⁰⁷ Arellano, p. 416-417

¹⁰⁸ Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, pp. 292-295

franceses. Según el autor, ambas naciones fueran concebidas por Dios como principales y fuentes para otras naciones, pero fue la invención y la astucia del demonio ponerlos en desacuerdo.

Pues claramente veía Satanás que si dejaba sueltas las fuerzas y dientes de estos dos leones valerosos, había de tragarse y devorar toda esta Infidelidad y Barbarismo, y ocuparlo con todo género de virtud y santidad, de lo cual no le podía resultar a él otro que infamia y confusión. Y así, temiendo de perder su trono y su silla, la cual tenía situada sobre la Infidelidad, ordenó que el odio, la enemistad y discordia, entretuviese estas dos naciones y las divirtiese de tal suerte que no estorbasen el paso, aumento y prosperidad de sus ovejas y vasallos¹⁰⁹.

García piensa que solo Dios puede remediar el odio y la antipatía que sienten estas dos naciones porque en la tierra no se puede hallar un “antídoto para tan pestífero veneno”. Una vez establecida por García la teoría de la raíz de la discordia entre las dos naciones, me parece interesante mencionar su definición general de ellas.

Mil veces he tenido tentación de pedir a las parteras de cual suerte salen de vientre de su madre los Franceses. Porque según la contrariedad que veo entre ellos y los Españoles tengo por imposible que nazcan todos de la misma manera. Pues no se puede presumir que teniendo los medios, el fin, el cuerpo, el alma, y aun las mismas muertes contrarias, tengan un principio natural, cual es el nacimiento, en que convengan. Esta contrariedad es tanta, y tan de todo extrema, que para definir un Francés no hay medio más propio y cabal que decir que es un Español al revés, pues allí acaba el Español donde el Francés comienza¹¹⁰.

La explicación religiosa de la antipatía de las dos naciones no es válida para Quevedo. El autor madrileño está firme en su posición de que el apoyo de la herejía, la codicia y la deshonestidad de los franceses es la causa del desacuerdo que existe entre los dos países.

En la carta dirigida a Luis XIII Quevedo pide al rey francés que reflexione acerca del concepto de la paz con España, pues con palabras quiere paz y con acciones le pide guerra.

Syre, si llamáis tener paz con nosotros, hacernos en Flandes una guerra desmentida, y en Alemania publica, y en Italia con un amparo mal rebozado fatigar la cristiandad, ¿por qué llamáis guerra nuestra justa defensa? Ocasionala y

¹⁰⁹ García, 1978, p. 254

¹¹⁰ García, 1978, p. 222

no quererla, ni es justicia ni es valor. Hémonos desentendido diez años de vuestros designos, mas por obligaros que por temerlos. Quien obliga a otro a que se prevenga, debe procurar contrastar su defensa, no acusarla. Por eso, el Rey mi señor, de sus enemigos no espera la alabanza, solicita empero la victoria¹¹¹.

En otra carta dirigida a Francisco de Oviedo, Quevedo no puede creer la noticia que 300 caballeros de Malta se han pasado al turco:

Extraña cosa se me hace creer que trescientos caballeros de Malta (aunque sean franceses, que no hay más que decir) se revolviesen a negar de Jesucristo y a entregar al turco a Malta; cierto, Señor, que se me hace cosa dura, pero entre los franceses todo puede ser¹¹².

La imagen del francés no es completa sin mencionar el cuadro de *La hora de todos* intitulado *Los tres franceses y el español* en el cual los franceses están representados no solo como unos “malcontentos” de su rey, sino como charlatanes que vienen a España para arruinar el país y llenarse los bolsillos de doblones. El español, por otra parte, es antípoda de ellos. Su oficio siempre ha sido el de las armas y no se puede imaginar una vida sin servir a su príncipe.

Y porque hablamos del servicio al rey y de los franceses cómo no mencionar que la desobediencia de los franceses a la corona real empieza con la rebeldía del Cardinal Richelieu.

Quevedo, como sabemos, no le tiene simpatía a este mal valido

que le quita cuanto a si se añade, le disminuye el paso que crece. Mientras el vasallo fuere señor de su rey, y el rey el vasallo de su criado, aquel será aborrecido por traidor, y este despreciado por vil. Para decir “Muera el rey” en público, no solo sin castigo, sino con premio, se consigue con decir “Viva el privado”. No sé si le fue más aciago a su padre Francisco Revellac que a él Richelieu. Lo que sé es que entre los dos le han dejado huérfano, aquel sin padre, este sin madre. [...] Francia está sospechosa con la invención de la descendencia real que el privado se achaca con genealogías compradas, y temerosa de ver agotados todos los cargos en su familia, y todas las fuerzas en poder de sus cómplices¹¹³.

¹¹¹ Francisco de Quevedo y Villegas, *Carta al Rey Cristianísimo Luís XIII*, p. 265.

¹¹² Francisco de Quevedo y Villegas, *Carta a don Francisco de Oviedo*, p. 621

¹¹³ Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, pp. 281-282

El autor madrileño teme que el Cristianísimo rey podría compartir la suerte de su padre por tener al lado un hereje como el Cardinal y trata de entender porque Richelieu reniega de su oficio y de su fe. En *La visita y anatomía de la cabeza del Eminentísimo Cardinal Armando Richelieu*, el autor descubre, a través del doctor Vesalio, las raíces de sus vicios. Entrando en la memoria del paciente al doctor le parece haber entrado en el Infierno “porque hallé confusión y ninguna orden furias y penas y condenados y tormentos y demonios y obstinación”¹¹⁴; y al analizar su entendimiento describe que

Presidía en él un mal demonio cuyo nombre era: Yo me entiendo; Eran iguales en aquel lugar el ruido, la confusión y las tinieblas que aun con la luz de mi linterna, yo tomaba unas cosas por otras. Considerad que [Cara] su propio entendimiento, que ni quiere ni tiene día [ni] crepúsculo parecióme atender antes que [esculcar]; hicelo así, y vi que su entendimiento todo se ocupaba en trazas, quimeras, y que su principal tarea era sacar consecuencias de lo que tenía en su memoria, [para] persuadir su voluntad¹¹⁵.

Sorprendido del escenario el asistente del médico exclama: “Es cierto que el Cardenal ha estudiado en los Cartapacios de Lucifer pues toda su doctrina es deponer a su señor¹¹⁶. Parece que el cardinal sufre del olvido por eso es incapaz de conservar los principios de un buen cristiano. Sin ellos el pensamiento del Cardenal está endemoniado y conduce a su comportamiento anticristiano. Quevedo acusa al Cardenal de ser usurpador de la corona de Francia, traidor de rey y de monarquía Por eso advierte al rey:

Si te derriba quien a ti se arrima
su fábrica en tus ruinas adelanta
y en cuando le aconseja te lastima
¡Oh muy cristiano rey!, en gloria tanta
ya el azote de Dios tiene encima:
mira que el Cardinal se te levanta.¹¹⁷

¹¹⁴ Francisco de Quevedo y Villegas *Visita y Anatomía*, p. 46

¹¹⁵ Francisco de Quevedo y Villegas *Visita y Anatomía*, p. 52

¹¹⁶ Francisco de Quevedo y Villegas *Visita y Anatomía*, p. 54

¹¹⁷ Arellano y Roncero, 2001, p. 135

En general, el autor tiene una actitud negativa hacia los religiosos que desempeñan papeles políticos porque:

en primer lugar, el tiempo que dedican a los asuntos políticos los aleja de sus obligaciones religiosas. [...] en segundo, el mundo de la alta política, en el que en ocasiones es necesario olvidar la moral, no era el marco adecuado para hombres que como representantes de Dios, deberían practicar las virtudes cristianas¹¹⁸.

Apartando la mirada de los problemas internos del país vinculados tanto con los vicios de los extranjeros como con los negocios monetarios deshonestos, quiero discutir brevemente sobre la noción de “guerra justa” de España. Los países extranjeros conducidos en sus acciones por la codicia y ambición se oponen al comportamiento de España, prototipo del buen cristiano, guiado por la virtud y la razón. En este sentido el país es como un héroe que se enfrenta a los traidores de la fe cristiana que simbolizan las fuerzas del mal y evocan las acciones del diablo. Dos retratos representativos de la herejía y de la codicia son el del holandés y el del veneciano.

Los holandeses amenazan la economía española asfixiando con sus barcos piratas el camino marítimo de las Indias. Ocupan la Capitanía de Pernambuco en 1633, la región más rica de Brasil, y hacen algunas expediciones a las costas chilenas. Aunque sus objetivos fracasan, los españoles temen una invasión holandesa en las Indias¹¹⁹. El cuadro de *La hora de todos, Holandeses en Chile*, refleja la situación histórica del tiempo. Los holandeses con alabanzas y regalos tratan de ganar la amistad de los chilenos para reemplazar la supremacía española. Quevedo utiliza la voz del cacique no para defender la autoridad de los españoles en el territorio, sino para moralizar la herejía y la rebeldía de los holandeses.

No será nuestra tierra tan boba que quiera por amigos los que son malos para vasallos, ni que fíe su habitación de quien usurpó la suya a los peces. Fuisteis sujetos al rey de España, y, levantándoos con su patrimonio, os preciáis de rebeldes, y queréis que nosotros, con necia confianza, seamos alimento a vuestra

¹¹⁸ Roncero López, 1991, p. 133

¹¹⁹ Para más información, véase las notas de los cuadros XXVIII, XXXVI en *La Hora de todos* y Roncero López, 2010.

traición. Ni es verdad que nosotros somos vuestra semejanza, porque, conservándonos en la patria que nos dio naturaleza, defendemos lo que es nuestro, conservamos la libertad, no la hurtamos. Ofreciémos socorro contra el rey de España cuando confesáis le habéis quitado el Brasil, que era suyo¹²⁰.

La lucha que mantiene España católica contra las naciones herejes es semejante a la oposición entre Dios y el diablo. Las fuerzas del bien encarnadas en la nación española guerrearán contra las fuerzas del mal personificadas en los enemigos de España y la religión católica. En este contexto, mientras la amenaza holandesa intimida sólo las posesiones territoriales españolas en las Indias, la provocación veneciana es inminente y afecta todas las naciones de buena fe. En *El mundo caduco* esta batalla tiene un carácter apocalíptico semejante a la lucha contra el Anticristo. Quevedo caracteriza a los venecianos como verdaderos espíritus malignos “porque apenas son hombres”.

Gente son nacida al logro, destinada al robo; viven en paz con meter a todos en guerra; su tesoro es dar a entender; su religión, la que más les vale. Dios les escoge el interés y se le remudan. Sus ejércitos son alquilados; sus armadas aparentes: república ramera que toda la vida está ganando con su cuerpo para valientes que la defienden. Una vez da su dinero a Francia, otra a Saboya, otra a Mauricio, que ella mas fía en sus trampas que en sus manos¹²¹.

Y más adelante:

Tratar con ellos amistad, es trabajo; trato es pérdida; enemistad es logro. [...] Sus paces es su guerra, sus embajadores, espías, peor es en ellos lo bueno que lo malo, porque aquello es mentira y esto es verdad.¹²²

La representación del ataque de los venecianos en una villa de Croacia, llamada Novi, nos muestra una violencia diabólica: matanza de los niños, las mujeres y los ancianos, personas inocentes que no ofrecen defensa. Quevedo nos presenta un acto de cobardía por parte de los venecianos y también, nos recuerda el ataque del Anticristo a los bienaventurados.

¹²⁰ Francisco de Quevedo, *La hora de todos*, p. 313

¹²¹ Francisco de Quevedo, *Mundo caduco*, pp.137-138

¹²² Francisco de Quevedo, *Mundo caduco*, p.147

Ni perdonaron a la edad ni al sexo ni se entretuvo el rigor en la inocencia de los niños ni en la hermosura de las mujeres; de las canas de los viejos, de las lágrimas de los niños, de la vergüenza de las vírgenes hicieron pompa. El cura del lugar se fue a guarecer del santísimo sacramento, y con él en las manos fue muerto, y despreciado todo Dios, pues tomando la hostia la arrojaron en el suelo. Nunca Dios mayor castigo hizo a otra nación, pues contra sí les permitió tan detestable sacramento. Rompieron las imagines de los santos, sembraron el retablo por el suelo, robaron el templo y ejecutaron tales fuerzas, que escandalizaron a los turcos, satisficieron la insolencia de la herejía y aun para los decretos de todo el infierno anduvieron demasiados.¹²³

Este ejemplo claramente enseña la diferencia que existe entre España y Venecia, reinos opuestos que reflejan dos mundos diferentes. Los españoles son reflejo de la voluntad divina, mientras las acciones de los venecianos son obra del diablo. Unos obedecen a Dios y otros al diablo¹²⁴.

Frustrado con la situación económica, política y moral de España Quevedo piensa cambiar de nación y pertenecer a los que saben gozar y sacar provecho de la condición creada.

Harto de ser castellano
desde el día en que nací,
quisiera ser otra cosa,
para demudar el país.
Si no mirara adelante,
ya me hiciera florentín,
que en tener sangre en el ojo
es calidad de por sí,
Fuera alemán o tudesco,
mas, ¿de qué puede servir?
Que ya los brindis de el Tajo
no le debe nada al Rin.
Sed a sed lo españoles
aguardaremos al Cid,
que a pie bebemos a Toro,
y a caballo a san Martín.
Ser inglés no añade nada
a nuestro ciego vivir,
que la fe de las mujeres
ya es Lutero y Calvín.
Franceses son por la vida,
mis huesos de Antón Martín,
mas mi flor es la del berro,

¹²³ Francisco de Quevedo, *Mundo caduco*, p. 149

¹²⁴ Véase Vivar, pp. 32-35; 102-104

antes que la flor de lis.
 Todo hoy ministro es Turquía
en el español zenit,
donde el zancarrón se adora
y tiene tiempo y atril.
 A tener alma melosa,
fuera portugués Machín,
por atarme de bayeta,
y para dar de reír¹²⁵.

Pero sabiendo la actitud de Quevedo acerca de los extranjeros no podemos pasar por alto el tono sarcástico de la sátira. Además, ninguna de las naciones tiene los valores que necesita Quevedo para remediar el país. Los alemanes tienen fama de borrachos, los holandeses e ingleses de herejes, los portugueses de enamoradizos, los franceses de presumidos, los genoveses de alabadores de monedas, etc. Quevedo se quedará castellano para siempre añorando los tiempos de la Edad Media y luchando continuamente para restituir a España la gloria de sus antepasados.

¹²⁵ Francisco de Quevedo, Obras selectas, 2000, p.478

Conclusión

Aunque el demonio en la obra de Quevedo tiene una presencia constante, el autor no se propuso escribir un estudio sistemático de demonología. Las referencias al demonio son breves y muchas veces implícitas. Las características diabólicas como: tentación, rebeldía y destrucción abarcan la obra de Quevedo de la manera que es difícil de distinguir, a veces, entre un demonio rebelde, tentador y destructor, porque el demonio rebelde destruye el orden natural de las cosas y el demonio tentador tienta para condenar y destruir al hombre. Sin embargo, se puede establecer una diferencia entre las características mencionadas según el rasgo demoniaco que domina la situación. Así en la *Política de Dios*, obra didáctica, la máscara terrorífica del demonio está constantemente presente mediante la metamorfosis diabólica de rebeldía, tentación y destrucción que sirve para sacar lecciones útiles de comportamiento cristiano. En *Los sueños* la faceta terrorífica de la doctrina cristiana desaparece casi completamente y se sustituye con una máscara jocosa que tiene como propósito de burlarse con chistes escatológicas de la abyección humana. Aquí, nos encontramos ante un personaje familiar, con rasgos humanos que teme caer víctima de la maldad humana. En otras obras mencionadas en este estudio la faceta terrorífica se mezcla con la cómica luchando por la prevalencia y supremacía de su protagonismo. Estas características del demonio junto a los lugares geográficos que le pertenecen, las cosas conducidas por él y también los personajes endemoniados sirven en la obra de Quevedo como herramientas para describir, satirizar y moralizar un mundo que trata de cambiar el *estatus quo* de las cosas, un mundo que, según Quevedo, pasa del reino de Dios al reino del diablo.

Bibliografía:

- Alarcos García, E., *El dinero en las obras de Quevedo*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1943
- Arellano, Ignacio. *Poesía satírico-burlesca de Quevedo*. Navarra: Universidad de Navarra, 2003
- Arellano, Ignacio y Roncero López, Victoriano. *La musa Clío del parnaso español de Quevedo*, Pamplona, EUNSA, 2001.
- Astrana Marín, Luis. *Ideario de don Francisco de Quevedo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1940.
- Bahtin, Mikhail. *Problems of Dostoevsky's Poetics*. Edición de Caryl Emerson. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984.
- Bellini, Giuseppe. *L'aspetto satirico in F. de Quevedo; appunti dalle lezioni, anno accademico 1964-1965*. Milano: La Goliardica, 1965.
- Bergamín, José. *Fronteras infernales de la poesía*. Madrid: Taurus, 1959.
- Borja Gómez, Jaime Humberto. *Rostros y rastros del demonio en la nueva Granada: Indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás*. Bogotá: Ariel, 1998.
- Busto Saiz, José Ramón, "El demonio cristiano: invariantes", en *Demonio, religión y sociedad entre España y América*. Edición de Fermín del Pino Díaz, Madrid: CSIC, 2002, 23-32
- Canal Feijóo de Capurro Robles, Carlota. "El tema del sueño y la imagen laberinto en Quevedo". En Dinko Cvitanovic, ed. *El sueño y su representación en el Barroco español*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, 1969, 130-141
- Cacho Casal, R. "Dos aspectos del infierno en Quevedo y Dante: ordenación y penas" *Criticón*. 78 (2000): 75-92.
- Carilla, Emilio. *El barroco literario hispánico*. Buenos Aires: Editorial Nova, 1969.
- Caro Baroja, Julio. "Infierno y humorismo (reflexiones sobre el arte gótico y folklore religioso)", *Revista de dialectología y tradiciones populares*. 22 (1966): 26-40
- . *Las brujas y su mundo*, Madrid: Alianza Editorial, 1968.
- Castelli, Enrico. *De lo demoníaco en el arte: su significación filosófica*. Santiago: Universidad de Chile, 1963
- Castro, José Antonio. "Estructura y estilo de *Los sueños* de Quevedo", *Anuario de Filología* 1 (1962): 73-85

- Chevalier, Maxime. “¿Diablo o pobre diablo? Sobre una representación tradicional del demonio en el Siglo de Oro”, *Cuento tradicional, cultura, literatura (siglos XVI-XIX)*. Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca, 1999, 81-88
- Clamurro, William. “Quevedo’s World as Political Language: Reading *La hora de todos*”. En su *Language and Ideology in the prose of Quevedo*. Newark: Juan de la Cuesta, 1991, 154-180.
- . “The *Sueños* and the Ideology of *Agudeza*”. En su *Language and Ideology in the prose of Quevedo*. Newark: Juan de la Cuesta, 1991, 88-119
- Crawford, James P. Wickersham, “The Devil in Spanish Religious Drama”, *Romanic Review* 1 (1910): 302-383
- Corbatta, Jorgelina. “La fealdad de la figura humana en *Los sueños* de Quevedo. En Dinko Cvitanovic, ed. *El sueño y su representación en el Barroco español*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, 1969, 155-165.
- Covarrubias, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. RAE, 2006.
- Díaz-Montoya, Gonzalo. “Desendemoniando El alguacil endemoniado: La inversión significativa entre texto y contexto”, *Mester* 9 (1980): 55-70.
- . “Semántica de la ficción: El vacío de *El mundo por dentro*”. En James Iffland, ed. *Quevedo in Perspective*. Newark: Juan de la Cuesta, 1982, 117-137
- Duarte, Enrique. “Presencias diabólicas en Quevedo”, *La perinola*. 8 (2004): 126-153.
- Ettinghausen, Henry. *Francisco de Quevedo and the neostoic movement*. Oxford: Oxford University Press, 1972
- Fernández, Sergio. *Ideas sociales y políticas en el “Infierno” de Dante y en “Los sueños” de Quevedo*. México: Imprenta Universitaria, 1950.
- Fernández Rodríguez, Natalia. *El pacto con el diablo en la comedia barroca*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 2007
- Flores Arroyuelo, Francisco. *El diablo en España*. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- Fränger, Wilhelm. *The Millennium of Hieronymus Borsh*. New York: Hacker Art Books, 1976
- Frentzel Beyme, Susana. “Ejemplaridad de la figura humana en *Los sueños* de Quevedo”. En Dinko Cvitanovic, ed. *El sueño y su representación en el Barroco español*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, 1969, 142-154

- García, Carlos. *La desordenada codicia de los bienes ajenos*. Edición de Victoriano Roncero López. Pamplona: EUNSA, 1998.
- . *La oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la tierra o la antipatía de francés y españoles*. Edición de Machel Bateau. Alberta: Alta Press, 1978.
- Grazia, Sebastian de. *Macchiavelli in Hell*. London: Papermac, 1996.
- Haag, Herbert. *El diablo: su existencia como problema*. Barcelona: Editorial Herder, 1978.
- Hastings, James. *Dictionary of the Bible*. New York: Charles Scribner's Sons, 1924.
- Iglesias, Rafael. "Cómo ha de ser el privado de Francisco de Quevedo y la tradición española antimaquiavélica de los siglos XVI y XVII", *La Perinola*. 14 (2010): 101-127
- Iffland, James. *Quevedo and the Grotesque*. London: Tamesis Books Limited, 1978
- Levisi, Margarita. "Hieronymus Bosch y los Sueños de Francisco de Quevedo", *Filosofía* 9 (1963): 163-200
- Lida, Raimundo. "Dos sueños de Quevedo y un prologo" *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*, 1968, 93-107
- . "Para La hora de todos". En Gonzalo Sobejano, ed. *Francisco de Quevedo*. Madrid: Taurus, 1978, 242-254
- . "Hacia la Política de Dios". En Gonzalo Sobejano, ed. *Francisco de Quevedo*. Madrid: Taurus, 1978, 255-265
- Lira, Osvaldo. *Visión política de Quevedo*. Madrid: Graficas espejo, 1948
- Machiavelli, Niccolò. *Il principe*. Edición de Tommaso Bavaro. Milano: Mursia, 1990.
- Maravall, José Antonio. *Estudios de historia del pensamiento español*, Madrid: Cultura Hispánica. 1984
- . "Sobre el pensamiento social y político de Quevedo (una revisión)". En Víctor García de la Concha, ed. *Homenaje a Quevedo: Actas de la II Academia Literaria Renacentista*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1980, 69-131
- Martinengo, Alessandro. *La astrología en la obra de Quevedo: una clave de lectura*. Madrid: Alhambra, 1983
- Martínez Conde, Francisco. *Quevedo y la monarquía (un modelo de Rey)*. Madrid: Endymion, 1996.
- Morreale, Margherita. "Quevedo y el Bosco: Una apostilla a *Los sueños*". *Clavileño*. 7 (1956): 40-44.

- Müller, Franz-Walter. “Alegoría y realismo en los ‘Sueños’ de Quevedo”. En Gonzalo Sobejano, ed. *Francisco de Quevedo*. Madrid: Taurus, 1978, 218-241
- Nolting-Hauff, Ilse. *Visión, sátira y agudeza en los “Sueños” de Quevedo*. Madrid: Gredos, 1968
- Ortelli, Raúl. *El diablo y el infierno*. Buenos Aires: Spalla, 1963
- Pacheco de Narváez, Luis. *El tribunal de la justa venganza*. Edición de Victoriano Roncero López. Pamplona: EUNSA, 2008.
- Pedrosa, J. M. “El Diablo en la literatura de los Siglos de Oro: de máscara terrorífica a caricatura cómica”. En Maria Tausiet y James S. Ameland, eds. *El diablo en la edad moderna*. Madrid: Marcial Pons, 2004.
- Pérez, Alberto. *El sentimiento del absurdo en la pintura: ensayo sobre Hieronymus Bosch*. Chile: Editorial Universal, 1970
- Pérez Carnero, Celso. *Moral y política en Quevedo: extracto de la tesis doctoral*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1970
- Ruiz, Juan. *Libro de buen amor*. Edición de Nicasio Salvador Miguel. Madrid: Alhambra, 1985.
- Quevedo y Villegas, Francisco de. “Alabanzas de la moneda”. En *Quevedo: Obras*. Edición de Aureliano Fernández-Guerra y Obre. Madrid: (BAE) 1946, tomo XXIII, 483.
- . “Libro de todas las cosas y otras muchas más”. en *Quevedo: Obras*. Edición de Aureliano Fernández-Guerra y Obre. Madrid: (BAE) 1946, tomo XXIII, 477-483.
- . “Carta al Rey Cristianísimo Luís XIII”. En *Quevedo: Obras*. Edición de Aureliano Fernández-Guerra y Obre. Madrid: (BAE) 1946, tomo XXIII, 260-269.
- . “Carta CVXVIII a don Francisco de Oviedo”. En *Quevedo: Obras*. Edición de Aureliano Fernández-Guerra y Obre. Madrid: (BAE), tomo XLVIII, 1951, 261.
- . “Visita y Anatomía de la Cabeza del Eminentísimo Cardenal Armando Richeleu”, Edición de Josette Riandière La Roche, *Criticón*. 25 (1984): 20-113.
- . *Obras*. Tomo VII. Madrid: Antonio de Sancha, 1790.
- . *Obra poética. (Antología comentada)*. Edición de Fernando Gómez Redondo. Madrid: Alhambra Longman, 1995.
- . *Obras completas*. Edición de Martín Alonso. Madrid: Litografía Josmar, 1970.
- . *Obras selectas*. Edición de José Fernández. Madrid: EDIMAT LIBROS, 2000.

- . *España defendida y los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos*. Edición de Victoriano Roncero López. En prensa.
- . *Execración contra los judíos*. Edición de Fernando Cabo Aseguinolaza y Santiago Fernández Mosquera. Barcelona: Critica, 1996
- . *Historia de la vida del Buscón llamado Don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*. Edición de Victoriano Roncero López. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999
- . *La hora de todos y la Fortuna con seso*. Edición de Jean Bourg, Pierre Dupont y Pierre Geneste. Madrid: Cátedra, 1987
- . *Los sueños*. Edición de Ignacio Arellano. Madrid: Cátedra, 2007.
- . *Mundo caduco y desvaríos de la edad en los años de 1613 hasta 1620*, Edición de Victoriano Roncero López. En *Francisco de Quevedo: Obras completas en prosa*. Tomo III, Madrid: Castalla, 2005, 129-183.
- Río, Martín del. *La magia demoníaca*. Edición de Jesús Moya. Madrid: Hiparión, 1991
- Roncero López, Victoriano. “El humor, la risa y humillación social: el caso de Buscón”, *La Perinola* 10 (2006): 271-286.
- . *Historia y política en la obra de Quevedo*, Madrid: Plegos, 1991.
- . *El humanismo de Quevedo: filosofía e historia*, Pamplona, EUNSA, 2000.
- . “Chile en Quevedo: el Cuadro XXXVI de La hora de todos y la fortuna con seso”, *Anales de literatura chilena*. 13. (junio 2010): 13-36
- Valbuena, Ángel. *El sentido católico en la literatura española*. Zaragoza: Ediciones Partenón, 1940
- Vélez de Guevara, Luis. *El diablo cojuelo*. Edición de Enrique Maralles. Barcelona: Planeta, 1986
- Vivar, Francisco. *Quevedo y su España imaginada*. Madrid: Visor Libros, 2002.
- Zambrano, María. *Séneca*. Madrid: Siruela, 1994